MARTE el ENIGMATICO



GEORGE H. WHITE.

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

George H. White

MARTE EL ENIGMÁTICO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

Un viento de 65 kilómetros por hora barría la desolada llanura

arrastrando consigo asfixiantes nubes de polvo.

Por el desierto rojizo, como naves a través de un proceloso mar, tres gigantescos tractores avanzaban moviendo sus juegos de orugas, brillantes al sol como espejos a causa del desgaste producido por varios días de rodar sobre la arena.

¿África? ¿Asia? ¿América?

La escena podía desarrollarse en cualquiera de las áridas regiones de la Tierra, pero tenía por escenario los inconmensurables desiertos de arena ferruginosa y cenizas volcánicas del planeta Marte.

¿Habitantes de Marte, entonces?

No. No eran marcianos los seres que tripulaban aquellas poderosas máquinas, sino hombres de la Tierra, los restos de una expedición grandiosamente preparada que después de aterrizar en Marte había perdido sus astronaves quedando prisionera del moribundo planeta.

Aquellos vehículos, después de cruzar los dilatados prados de musgos morados que vegetaban al amparo de la humedad procedente de la fusión de los hielos polares, habíanse adentrado en las pavorosas regiones desérticas con ánimos de atravesar el Ecuador marciano para alcanzar el casquete polar opuesto, en donde el verano cedía paso al otoño y empezaban a condensarse los hielos en el seno de las nieblas invernales.

Los tractores eran de grandes proporciones y poseían características especiales.

El que marchaba en el centro de la columna, recio, macizo y pesado, albergaba en sus entrañas entre gruesas planchas de plomo, una pila atómica cuyo calor se utilizaba para levantar el vapor de una caldera. Este vapor, conducido por tuberías, accionaba una turbina que acoplada a un generador producía una intensa corriente eléctrica.

La fuerza eléctrica así fabricada se empleaba en parte para mover los dos poderosos motores eléctricos que accionaban por separado las orugas del tractor atómico. Otra parte de este caudal eléctrico era conducido por un cable hasta los motores eléctricos del tractor que marchaba en vanguardia. El tercer tractor, el que cerraba la marcha y poseía una cabina acristalada más espaciosa, era simplemente remolcado por una cadena por el vehículo atómico.

Cada tractor remolcaba a su vez un depósito especial para agua, montados también sobre juego de orugas. Por electrolisis, al agua de

estos tanques se descomponía en hidrógeno y oxígeno.

El oxígeno, separado del hidrógeno, era llevado por tubos de caucho hasta las cabinas de los vehículos y servía para la respiración de los tripulantes, los cuales no hubieran podido sobrevivir sin él en la rarificada atmósfera de Marte, con una proporción de oxígeno mil veces más pequeña que la atmósfera de la Tierra.

Tanto los vehículos como los tanques que éstos remolcaban habían sido construidos casi enteramente en titanio, tanto para hacerles más sólidos como para darles mayor ligereza. Como además de haberse empleado este metal la fuerza de gravedad marciana era mucho más débil que la terrestre (la tonelada de la Tierra pesaba en Marte 371’5 kilogramos) los tractores, incluso el atómico, no eran en Marte demasiado lentos ni pesados.

Cuarenta y cuatro hombres y una mujer tripulaban estos tres vehículos. De ellos, 15 eran rusos; 12 norteamericanos; tres franceses; 6 ingleses; 2 alemanes; 1 japonés; 1 sueco; 2 belgas; 1 holandés y 2 italianos.

La expedición, organizada y financiada por las Naciones Unidas, había salido de la Tierra seis meses atrás. Su misión consistía en explorar las regiones del espacio inmediatas al Sol en donde se suponía la existencia de un planeta que, por describir una órbita idéntica a la de la Tierra y estar siempre en oposición con ésta, no podía verse jamás desde los observatorios terrícolas a causa de mediar entre ambos la gigantesca mole de su primario, el Sol.

Utilizando el planeta Marte como plataforma para apuntar sus telescopios al espacio desde un ángulo visual distinto del que se obtenía desde la Tierra, los astrónomos de la expedición habían podido fijar sin dejar lugar a dudas la existencia del sospechado planeta más allá del Sol.

Hecha esta sensacional comprobación, los expedicionarios hubieran podido regresar inmediatamente a la Tierra si la desgracia no se hubiera cebado en ellos a partir del instante en que pusieron su planta sobre la faz de Marte.

Primero fue uno de los tres cohetes planeadores que deberían llevar la expedición a Marte desde una órbita de satélite alrededor de éste, el que se estrelló al aterrizar en los hielos del Polo marciano. Luego que los otros dos planeadores habían conseguido aterrizar felizmente en Marte, un platillo volante que se suponía procedía del nuevo planeta recién descubierto, atacó y aniquiló las siete grandes astronaves que

habían quedado ancladas en la órbita de satélite para regresar a los expedicionarios y reemprender el regreso al planeta Tierra.

Privados de sus astronaves, los expedicionarios quedaron condenados a perecer en Marte en cuanto se les acabaran las provisiones, si antes no recibían socorros de la Tierra. Pero en la Tierra, distante 60 millones de kilómetros, se ignoraba la catástrofe ocurrida a la expedición así como el resultado de las investigaciones en busca del planeta desconocido.

Ninguno de los cohetes planeadores de que disponían los expedicionarios tenían capacidad suficiente para despegar de la superficie de Marte y llegar hasta la Tierra. Pero acumulando el combustible de los dos cohetes en uno sólo y sacrificando todo el espacio disponible para este exceso de combustible, se consiguió al fin que el cohete se elevara llevando a bordo dos tripulantes para que, llegando a una órbita de satélite alrededor de la Tierra, dieran cuenta del descubrimiento y la precaria situación en que quedaban los expedicionarios.

Pero a la hora presente, mientras rodaban en sus vehículos hacia el Ecuador marciano, los 45 supervivientes de la expedición confiaban poco en recibir socorros de la Tierra, antes de la última galleta y la última tableta de vitaminas se terminaran y llegara el momento de enfrentarse con la muerte por hambre.

Cinco años de incesantes trabajos y uno de laboriosos preparativos habían sido necesarios para elevar hasta una órbita de salida alrededor de la Tierra, las diez astronaves que finalmente emprendieron el viaje hasta Marte.

Aunque la mayor parte del trabajo estaba hecho y pudiera prescindirse de los cinco años que costó preparar la primera expedición, los desterrados de Marte tenían escasas confianzas de que fuera posible organizar y mandar en su socorro una segunda antes que sus provisiones se agotaran por completo.

¿Por qué se habían afanado, pues, estos hombres en reparar el tractor que les estropeó el platillo volante y en construir otro con los restos del cohete abandonado? ¿Qué fin perseguían al adentrarse en las soledades desérticas del enigmático Marte?

Sólo el carácter de los hombres que formaban aquella expedición podían responder a estas preguntas. Porque para aquellos hombres; astrónomos, geólogos, bioquímicos y naturalistas en su mayor parte, la investigación científica está por encima de todas las cosas.

No importaba que sus datos y descubrimientos posteriores a la marcha del último cohete corrieran el riesgo de no llegar jamás a conocimiento de otros sabios que vivían en la Tierra. Aun sabiendo de cierto que jamás regresarían a su mundo para acrecentar su fama con los conocimientos adquiridos en Marte, estos tenaces campeones de la Ciencia hubieran proseguido sus investigadores, siquiera fuera para satisfacer su curiosidad e insaciable sed de saber.

Así, pues, y a despecho de su angustiosa situación, los sabios proseguían su labor científica arrastrando consigo a aquellos que sólo eran colaboradores; mecánicos, físicos, ingenieros, matemáticos o médicos como el encargado de la Sanidad de la expedición, el doctor Arthur Welby.

Este Arthur Welby estaba llamado sin duda a ver incluido su nombre entre la lista de hombres que fueron notables por sus portentosos descubrimientos. Porque Arthur Welby, joven, alto, rubio y bien parecido, era nada menos que el inventor de la teoría tras-solar.

Apasionado aficionado a la Astronomía, este joven doctor fue el primero en asegurar que los platillos volantes que frecuentaban el cielo de la Tierra desde 1947 procedían de un mundo que se encontraba eternamente oculto a los ojos del terrícola por el incandescente globo del Sol.

Tan atrevida afirmación levantó una tormenta de controversias de las que finalmente nació en el seno de las Naciones Unidas la decisión de fletar una expedición que fuera a Marte para, desde allí, comprobar si había algo de cierto en la teoría del doctor.

Ahora que su teoría estaba confirmada, Welby podía sentirse orgulloso, aunque no contento de su descubrimiento.

Minuciosas medidas y observaciones hechas desde Marte habían establecido que el planeta Welby, como se había dado en llamarlo, era de tamaño y naturaleza idénticos a la Tierra.

En la atmósfera del nuevo mundo existía oxígeno, nitrógeno y vapor de agua en iguales proporciones que en la atmósfera de la Tierra. Siendo iguales en edad, en masa y en fuerza de gravedad, los sabios estimaban que, con toda seguridad, aquel mundo estaba habitado por una raza de hombres análoga a la del planeta Tierra.

Si esto resultaba ser cierto y los platillos volantes procedían de aquel mundo, la paz de la Tierra y el futuro de la Humanidad estaban quizás en manos de aquella Humanidad hermana, pero no amiga, que

durante muchos años había estado mandando sus astronaves a la Tierra cuidando de mantener oculta su procedencia.

Así, pues, la misión científica podía presumir de haber hecho un descubrimiento sensacional, aunque no de haber aportado con él beneficio alguno a la Humanidad.

Por el contrario, la Humanidad terrícola tenía ahora motivos más poderosos que nunca para sentirse preocupada respecto de su porvenir.

Sin embargo, y al margen de las intenciones que los habitantes de aquel planeta abrigaban hacia la Tierra, los expedicionarios proseguían día tras día su labor investigadora.

A bordo del tractor que remolcaba el vehículo atómico, el astrofísico mister Hubbard, de la Universidad de Chicago, llegaba a una conclusión definitiva sobre el pasado de Marte.

—Que Marte tuvo en otro tiempo una atmósfera rica en oxígeno es indudable —aseguró a la vista de los resultados de sus estudios—. En el curso de varios millones de años, este oxígeno se combinó con el hierro del suelo para formar óxido férrico, lo que da a estas arenas y a todo el planeta en general su característico color rojo.

—Eso corrobora mi tesis —dijo el profesor Novgorod, eminente meteorólogo ruso—. Con una cobertura atmosférica más densa, el clima de Marte debió ser mucho más templado que en la época actual.

—En tal caso —dijo la profesora Miroslava Michailov—, si Marte tuvo una atmósfera rica en oxígeno y un clima más cálido que el actual, no debemos excluir la posibilidad de que este mundo haya estado habitado por seres humanos alguna vez, ¿verdad?

El profesor Tassone, astrónomo norteamericano y jefe de la misión científica, sonrió a la bella moscovita.

—Tan arriesgado como negarlo sería admitir la posibilidad de que Marte haya tenido habitantes en el pasado —aseguró.

Y la rusa preguntó:

—¿Por qué? Causas idénticas producen resultados idénticos en todas partes.

Arthur Welby contempló a su novia con una ceja expresivamente arqueada. Nada enojaba tanto al doctor como la presunción

intelectual, sobre todo si ésta procedía de las mujeres. Welby era algo anticuado en estas cosas. Creía firmemente que el supuesto de la mujer, pese a las conquistas hechas por el feminismo, seguía estando en la cocina, cuidado de sus hijos o ante el cesto de calcetines por remendar. Para consternación de Welby, la mujer que amaba militaba en las filas del más acerbo feminismo. La señorita Miroslava Michailov, no sólo era profesora de Matemáticas de la Universidad de Moscú, sino que creía que no existían trabas intelectuales, fisiológicas ni morales que impidieran el acceso de la mujer a los puestos que hasta entonces se habían reservado los hombres para sí.

—Mi querida Miroslava —dijo Welby incisivamente—. No trates de aplicar tus conocimientos matemáticas a la astrofísica, si no quieres hacer el ridículo. En tu profesión, dos y dos siempre dan cuatro. Pero cuando en la suma de los factores intervienen la Creación con sus misteriosas fórmulas, nunca se sabe qué sorprendentes resultados obtendrá con los mismos componentes.

—Permítame que difiera con usted en opinión, doctor Welby —medió el profesor Litovsk, eminente bioquímico de la Universidad de Leningrado—. La vida, si es eso lo que quiere decir, no se presenta merced a un accidente único, sino que es el resultado de procesos definidos. Dadas las condiciones adecuadas, estos procesos conducirán inevitablemente al desarrollo de la vida.

—De la vida reducida a sus más primitivas formas, sí. Pero no de las criaturas inteligentes de un grado superior como el Hombre.

—¿Por qué no? —protestó Litovsk—. Si Marte tuvo en otro tiempo una atmósfera rica en oxígeno, océanos y la misma templada temperatura que la Tierra, no hay ninguna razón para que criaturas inteligentes parecidas a nosotros no hayan vivido aquí hace varios millones de años.

—Si una raza inteligente hubiera habitado este planeta alguna vez, todavía existiría —aseguró Welby—. En el transcurso de millones de años, mientras sus océanos se desecaban y su atmósfera se perdía por fijación en las rocas del suelo, los marcianos habrían tenido mucho tiempo para idear unos medios con que hacer frente al frío extremado de las noches actuales. Fabricando oxígeno por fotosíntesis o extrayendo químicamente de su suelo, esas criaturas habrían sobrevenido al agotamiento progresivo de su mundo y los encontraríamos hoy en día habitando sus ciudades-refugio confortablemente acondicionadas.

—Y bien —repuso la profesora Miroslava Michailov—. ¿Quién nos

dice que no vayamos a encontrarles cualquier día de éstos?

—¡Tonterías! —exclamó Welby—. Si Marte estuviera habitado, sus criaturas, de una inteligencia enormemente desarrollada en el transcurso de muchos millones de años, hace tiempo que se hubiera dado a conocer viniendo a visitarnos en nuestro propio planeta.

—Tenga en cuenta que Marte es un mundo antiquísimo, doctor —terció aquí el profesor Tassone—. El grado de evolución en que se encuentra sólo será alcanzado por la Tierra dentro de millones de años, cuando nuestro globo haya perdido sus océanos y disipado la mayor parte de su atmósfera. En ese momento, las razas terrestres, si aún existieran, habrían mudado mucho de constitución y aspecto. La experiencia nos ha demostrado cómo procede la evolución, una y otra vez, de lo simple a lo complejo. La supervivencia es posible gracias a las mutaciones convenientes. Por lo tanto, los hombres que en aquella avanzada edad todavía habiten en la Tierra, no sólo diferirán en nosotros en constitución y aspecto, sino también en inteligencia. Imagine que entonces nace en Venus una raza de seres de especie superior, inteligentes, pero con una inteligencia tan tosca que el supercivilizado terrícola no pase de atribuirle más allá de la categoría del mono. ¿Cree usted que los terrícolas, aun pudiendo hacerlo, irán a Venus para darse a conocer de aquellos salvajes? ¿Qué punto de contacto puede existir entre una raza de criaturas recién nacidas y los supervivientes de una civilización que cuenta con millones de años de existencia? Ninguno, sin duda. Terrícolas y venusinos pueden ser tan extraños como el Hombre actual lo es hoy día de un caracol terrestre. Y ese podría ser el caso de los marcianos, si por ventura existieran. ¿No le parece a usted, doctor Welby?

—Sí, desde luego —admitió Arthur a regañadientes.

—Entonces, ¿les parece bien que dejemos esta discusión? —preguntó Tassone volviendo a empuñar los prismáticos que había dejado caer sobre su pecho. Y señalando en el horizonte añadió—: O mucho me equivoco o aquellas con las cimas de una elevada cordillera de montañas.

* * *

Dos horas más tarde, un grandioso espectáculo se desarrollaba ante los ojos de los expedicionarios a medida que éstos se aproximaban a la

cordillera entrevista en el horizonte.

En realidad, y más bien que cordillera, lo que estaban viendo los exploradores era una muralla, una pared de granito de más de mil metros de altura cortada a pico y rematada por airosos chapiteles, redondeadas cúpulas, arqueados puentes y esbeltos minaretes a los que la milenaria erosión del viento había dado las más raras y caprichosas formas.

Contemplada a distancia, la formación rocosa tenía todo el aspecto de una muralla ciclópea levantada allí por sólo Dios sabía qué portentosas criaturas para defenderse de una invasión de gigantes. Pero ninguna criatura humana hubiera podido construir aquel paredón con sus manos, a menos que, poseído de la fuerza de un titán, le fuera dable manejar las montañas como ladrillos y juntar unas con otras aquellas descomunales moles, para formar un muro de granito cuyos confines se perdían tras la curva del horizonte.

Cuando la expedición se acercaba a la muralla, una torre tan alta como un rascacielos se derrumbaba con un sordo, lejano y apagado estruendo que, no obstante, hizo temblar el suelo y las máquinas a bordo de las cuales viajaban los exploradores.

Resultaba un espectáculo fantástico ver desmoronarse aquellas gigantescas moles de granito con una lentitud impropia de su peso, sentir temblar la costra del planeta como sacudida por un terremoto y no escuchar más ruido que un apagado rumor.

La imaginación del terrestre, acostumbrados a los mil ruidos que animaban la vida de su fértil planeta, jamás se habituaría al silencio mortal y opresivo que presidía los más apocalípticos cataclismos en este mundo agonizante, en donde los ruidos no se transmitían o se difundían muy poco en razón de la sutilidad de su atmósfera; diez veces más tenue que la atmósfera de la Tierra al nivel del mar.

—Yo diría que esas montañas no han estado expuestas a la erosión del viento tantos milenios como las colinas que vimos antes de adentrarnos en el. desierto —observó el profesor Sieverks, geólogo ruso.

Y sir Harold Stanley contestó:

—Sí, eso me perece a mí también. Posiblemente no estamos ante una cordillera, sino en el borde de una alta meseta que fue en otros tiempos la costa acantilada de un mar u océano que ocupaba lo que ahora es desierto.

Siguieron unos minutos de silencio. Los tractores habían virado hacia el Este y rodaban ahora paralelamente al acantilado levantando con sus dentadas orugas nubes de asfixiante polvo rojizo.

—Veo allí algo que parece un desfiladero —señaló Sieversk sin apartar los prismáticos de sus ojos.

Y sir Harold añadió:

—Parece bastante ancho y profundo. ¿Le parece bien que nos acerquemos a echarle un vistazo, mister Tassone?

El jefe de la expedición asintió y dio órdenes por radio para que el convoy se dirigiera hacia aquel punto. Luego añadió dirigiéndose a uno de los ayudantes del profesor sir Harold Stanley:

—Convendría que pusiera de nuevo en marcha los escintilómetros, Barnes. Quizás seamos más afortunados entre las montañas y encontremos rastros de radioactividad en algún importante yacimiento de uranio descarnado por la erosión. Barnes lo hizo así mientras se acercaban a lo que parecía un desfiladero. Keystone, el hombre con quien más había intimado Welby, señaló una serie de altas y afiladas agujas que se erguían audaces en lo alto del acantilado.

Si eso se derrumbara ahora, esta expedición podría hallar su fin en forma de una hermosa tortilla.

Por toda contestación, los ojos de la tripulación se levantaron hacia las amenazadoras agujas que se recortaban sobre el fondo gris oscuro del cielo.

Los vehículos se internaron en el desfiladero. Éste, aunque medía quizás 800 metros de anchura, parecía angosto desde el fondo en razón de la altura y la verticalidad de las paredes que lo encajonaban. Aquí y allá, desperdigadas y medio sepultadas en la arena, veíanse grandes moles de granito de decenas de toneladas de peso que en épocas anteriores habían rodado desde lo alto del acantilado.

—Esta garganta debió ser en otros tiempos mucho más profunda de lo que es en la actualidad —observó sir Harold Stanley—. El polvo, la arena y las rocas desprendidas de las paredes se han acumulado en el curso de millones de años elevando el primitivo nivel del suelo.

—Creí que habían dicho ustedes que estas montañas estuvieron menos tiempo expuestas a la erosión del viento —dijo Welby.

—Y así es, al menos en lo que se refiere a la base, la cual estuvo

durante mucho tiempo cubierta por las aguas. Pero tenga en cuenta que incluso la desecación del mar que antiguamente bañaba este acantilado se produjo cuando nuestro planeta se estaba enfriando en una sopa caliente millones de años antes que la vida, en sus más primitivas formas, naciera de las aguas de nuestros océanos.

—Entonces, si hubiera existido alguna vez una civilización marciana, ¿qué probabilidades de encontrar vestigios de su cultura tenemos a nuestro favor? — preguntó Welby.

Sir Harold contestó:

—Ninguna, desde luego. Incluso sus obras más grandiosas, de haber existido alguna vez, habrían sido destruidas por la acción del tiempo o yacerían enterradas bajo varios metros de polvo y arena. Quizás algún día, si el terrícola hace nuevas visitas a Marte y se dedica a excavar, se encuentren profundamente enterrados restos de edificios, máquinas o utensilios que nos den una idea aproximada de lo que pudo ser la civilización marciana. Pero en cuanto a nosotros, sólo la casualidad...

Sir Harold Stanley se interrumpió porque el vehículo acababa de detenerse con brusquedad y el profesor Tassone, empuñando el radioteléfono, preguntaba al vehículo de vanguardia:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué nos hemos detenido, Durand?

Durand, el ingeniero de obras francés, que iba en el vehículo explorador escogiendo la ruta más accesible para los tractores, contestó por el tornavoz:

—Venga a verlo. Profesor Tassone. ¡Nos hemos detenido ante lo que parece la cabeza de un grotesco ídolo!

—¡Un ídolo! —exclamó Tassone con acento de incredulidad y sobresalto. Y todos los 20 tripulantes del tractor se miraron unos a otros reflejando en sus ojos la esperanza y el asombro.

—¿Cómo es, Durand? —chilló Tassone— ¿Cómo es?

—Resulta difícil describirlo. Contestó Durand, igualmente excitado—. Yo diría que es algo así como aquellos ídolos extraños que se encontraron en la Isla de Pascua, allá en la Tierra. Una mezcla de pájaro y hombre... Lo mejor será que venga usted mismo a verlo.

Y ni Tassone hizo repetir la invitación ni ninguno de los demás esperó a ser invitado para empezar a enfundarse en sus gruesos trajes de astronauta.

CAPÍTULO II

Los expedicionarios no hubieran hecho gala de mayor actividad si el coronel Whitted, especie de asesor militar de la expedición, hubiera señalado la presencia de un platillo volante sobre sus cabezas.

Con los platillos volantes, al fin y al cabo, los terrícolas tenían alguna experiencia. Habían sido objeto del ataque de uno de ellos, y estaban en cierto modo prevenidos contra ellos, porque el tractor atómico montaba sobre su techo una ametralladora antiaérea de gran calibre, cuya eficacia quedó demostrada al derribar el platillo volante que les atacó.

Pero aunque era vieja la aspiración del terrícola de encontrar habitantes en Marte y los mismos expedicionarios llevaban especulando sobre el tema desde que pusieron su planta en Marte, su sorpresa y excitación demostraba que no estaban preparados para hallar algo que les demostrara la habitabilidad presente o pasada del enigmático Marte.

Temblando de emoción, haciéndose mil preguntas inquietantes, los expedicionarios vistieron sus trajes especiales de vacío encima de las ropas ceñidas ordinarias.

Estos trajes, de fuerte tejido impermeable por fuera, estaban acolchados interiormente y cruzados en todas direcciones por una red de alambres que, al ponerse incandescentes al paso de una corriente eléctrica procedente de un acumulador, proporcionaba calor graduable a quienes lo llevaban puesto.

El traje se complementaba con una escafandra de duraluminio con frente de cristal, la cual comunicaba por un tubo con una botella de oxígeno que el astronauta llevaba sujeta a la espalda juntamente con el acumulador de forma cilíndrica.

Traje, escafandra y equipo hubieran tenido un peso respetable en la superficie de la Tierra. Pero aquí en Marte, donde la fuerza de gravedad era mucho más débil, un hombre completamente equipado seguía pesando menos que en su planeta de origen. Este traje extraterrestre disponía, además, de un minúsculo aparatito de radio de dos millas de alcance que ponía en comunicación entre sí a todos los expedicionarios. La escafandra llevaba, además, un tornavoz para introducir en ella los sonidos que se produjeran en el exterior.

Pero como las relaciones entre los miembros de la expedición hubieran resultado perjudicadas sin un sistema que les permitiera hacer un aparte entre dos o más de ellos sin que su conversación fuera escuchada por los demás, los diseñadores norteamericanos de la escafandra —muy oportunos ellos— habían dispuesto un juego de clavijas que enchufadas directamente al amplificador de sonido, permitían un discreto aparte a quienes las utilizaban.

Así equipados, los tripulantes del remolque abrieron una válvula para que el aire a presión que llenaba la cabina escapara sin brusquedades. Luego salieron en tropel encaminándose a toda prisa hacia donde ya el ingeniero Durand y un pequeño grupo de hombres estaban formando círculo en torno a algo voluminoso que sobresalía como de dos metros del suelo.

Este círculo se abrió para dejar paso al profesor Tassone y Welby se coló tras éste sintiendo que el corazón le latía apresuradamente.

Quizás lo más notable del descubrimiento fuera el mortal silencio que reinó durante unos minutos mientras cuarenta y cinco pares de ojos examinaban aquello a través del frente de cristal azul de las escafandras.

Se trataba sin duda de la cabeza de una deidad o ser fabuloso rematando una columna de color verde, cuya base estaba enterrada en la arena del suelo. El ídolo, tallado o fundido en la misma materia verde oscura que la columna, vendría a tener un metro de diámetro y había sido descrito por el ingeniero Durand con bastante propiedad.

Tenía en efecto un apéndice que se parecía más el pico de un ave que a una nariz humana y los ojos, redondos y grandes bajo una frente abombada, recordaban las sorprendidas pupilas de una lechuza.

La cabeza era una extraña mezcla de animal y persona, con unas mandíbulas pequeñas y unas orejas grandes y puntiagudas. El resto de la cara y el cráneo pelado y voluminoso tenían líneas inconfundiblemente humanas.

En general, todos los rasgos del ídolo aparecían parcialmente borrados, como si después de tallada se hubiera dado esmeril a los ángulos más salientes.

Mister Tassone golpeó a la deidad con la contera metálica de su inseparable bastón y levantó los ojos hacia el filo del acantilado.

—¿Puede haber caído desde allá arriba? —preguntó. Sir Harold

contestó:

—No lo creo. Las paredes de la garganta están demasiado lejos. La columna ocupa aproximadamente el centro del desfiladero y parece firmemente hincada en el suelo. Su base debe quedar a mucho metros de profundidad. Los depósitos de arena traída por el viento han ido elevando el nivel del suelo y acabarán por cubrir completamente a este... lo que sea.

Tassone movió afirmativamente su grotesca escafandra. Siguieron unos momentos de profundo silencio. El profesor Sieversk se acercó a la efigie y la golpeó con los nudillos de su mano enguantada.

—Parece de metal —murmuró. Y Sir Harold afirmó:

—Sin duda es de metal. Y debe llevar aquí muchos milenios a juzgar por el desgaste que parece haber sufrido al roce continuo con las nubes de arena arrastrado por el viento.

—¿Qué querrá representar? —preguntó Welby—.

¿Un dios? ¿Un personaje ilustre enterrado aquí?

—Todo eso carece de importancia ante la realidad de su existencia —murmuró el profesor Tassone—. Ahora sabemos que Marte está o estuvo habitado en otros tiempos por una raza de seres inteligentes. Quizás si excaváramos aquí mismo encontráramos al pie de esta columna algún monumento histórico, religioso o funeral.

—¿Tendrán los marcianos este aspecto tan desagradable? —preguntó una voz anónima por los auriculares.

Sir Harold contestó:

—Lo sabríamos si encontráramos algún bajorrelieve o pintura que nos lo representara. Pero es dudoso que las pinturas murales y los bajorrelieves se estilaran cuando este monumento fue erigido aquí. Comparada con la antigüedad de Marte, esta efigie es relativamente moderna. De otro modo, ni aun siendo metálica hubiera resistido tantos milenios la erosión del viento.

—Me pregunto —dijo Sieversk— por qué sería puesta precisamente aquí, a la entrada del desfiladero.

Casi todos los ojos se apartaron de la efigie para volverse en dirección a la angosta brecha entre las paredes de granito cortadas a pico.

—Es posible que los marcianos previeran que algún día llegarían viajeros extraños a este planeta y encontrarían indefectiblemente este paso entre las montañas — apuntó Keystone—. Quizás pusieron esta efigie aquí para que supiéramos que existían o habían existido.

—¿Por qué no seguimos adelante en vez de entretenernos en conjeturas? —insistió Welby—. Este podría ser el monumento que señala la entrada a alguna ciudad.

—Sí —dijo Tassone—. Volvamos a los vehículos. Que los fotógrafos tomen algunas placas del ídolo. Los fotógrafos de la expedición se quedaron allí un momento haciendo centellear las lámparas de sus flash, en tanto el profesor Tassone y la plana mayor científica regresaban charlando al tractor remolque.

Ya en la cabina climatizada del vehículo y previa inyección de oxígeno a una presión adecuada, los expedicionarios se despojaron de las escafandras, si bien conservaron puestos los trajes por si habían de apearse poco después.

La excitación dominaba a los exploradores cuando al cabo de unos momentos se reanudó la marcha. Tanto era su entusiasmo que ya nadie se acordaba del planeta Welby, de la amenaza de los platillos volantes, ni de su angustiosa situación, a pocos meses de distancia del momento en que darían fin a sus escasas provisiones.

A medida que el convoy se internaba en el misterioso desfiladero, las paredes de éste, siempre cortadas a pico o formando angostas cornisas cuyas grietas hacían temer un inminente derrumbamiento, iban acercándose una a otra como si quisieran atrapar entre ellas a los polvorientos vehículos terrícolas.

Los ojos de los viajeros avizoraban ansiosamente, siempre a la espera de encontrar alguna sorpresa detrás de cada recodo.

Mientras tanto, había avanzado mucho la tarde y el Sol, lanzando sus rayos oblicuamente, no llegaba hasta el fondo de la profunda garganta.

Uno de los detalles más conspicuos del planeta Marte era la escasa difusión de la luz en su rarificada atmósfera. El cielo, aun en pleno mediodía, tenía una coloración gris oscuro, excepto cuando flotaban en el aire gigantescas nubes de polvo rojizo que los vientos huracanados llevaban de una parte a otra del planeta.

Las sombras que los objetos proyectaban en Marte eran de una

profundidad jamás vista en la Tierra. Así por ejemplo, mientras los riscos de lo alto de la garganta resplandecían como ascuas heridos directamente por la luz del Sol, en el fondo del abismo la oscuridad era tan profunda como en plena noche.

Parecía inminente que el convoy no lograría salir de aquel peligroso lugar entes que la noche cerrara por completo y el descenso brusco de la temperatura le obligara a detenerse. Los tractores siguieron avanzando después de encender los faros eléctricos.

Con la puesta del Sol la temperatura descendió bruscamente a 50 grados bajo cero. Los tractores se detuvieron en lo que parecía un súbito ensanchamiento del desfiladero porque en el frío extremado de las noches marcianas, que llegaba con frecuencia a 100 grados bajo cero, las piezas de metal se contraían hasta que los ejes se agarrotaban y los aceites lubricantes se congelaban en los cojinetes. La noche, el momento más temido por los expedicionarios, envolvió a los vehículos inmovilizados en la arena. Los faros fijos de los tractores iluminaban un lejano muro pétreo que parecía ser el fin del desfiladero.

—Yo diría que nos hemos metido en un callejón sin salida —murmuró Welby.

—Enciendan el proyector —ordenó el profesor Tassone.

Y un dardo de luz amarilla horadó las tinieblas para ir a chocar contra un muro rocalloso.

—Haga girar el reflector para ver si existe alguna salida.

El mecánico obedeció y la mancha amarilla del foco empezó a desplazarse hacia la izquierda. Entonces, los observadores situados a bordo del vehículo remolque pudieron ver una serie de hileras de grandes oquedades u hornacinas. Todas exactamente iguales, que se abrían en la roca formando varios pisos.

—¡Alto! —gritó el profesor Tassone.

El foco se inmovilizó sobre una de aquellas extrañas excavaciones.

—¿Se dan cuenta? —gritó sir Harold Stanley—. Esas cuevas no son obra de la casualidad, sino que han sido abiertas por la mano del hombre.

Un estremecimiento nervioso recorrió la espina dorsal de los expedicionarios. La palabra mano del hombre tenía un significado singularmente misterioso e inquietante para aquellos que jamás

habían esperado formalmente encontrar vestigios de vida humana en Marte.

—¿Qué pueden ser esos agujeros? —murmuró Tassone pensativamente. Y Keystone indicó:

—Sin duda hornacinas para colocar cadáveres. O mucho me equivoco o hemos venido a caer en medio de un cementerio marciano.

—¡Un cementerio! —exclamó Tassone estremeciéndose. Keystone añadió:

—Fíjense en las celdas que formas hileras. Entre ellas hay algunos espacios irregulares. Las hornacinas debieron estar tapiadas en otros tiempos, pero la acción del viento ha ido desmoronando los tabiques de la mayor parte de ellas dejando las sepulturas abiertas.

Tassone quedó unos momentos mirando en silencio y luego tocó en el brazo del absorto mecánico para que continuara explorando los contornos con el reflector.

La fosforescente pupila del proyector siguió girando y mostrando a los expedicionarios más hornacinas abiertas, algunas de las cuales conservaban todavía restos de los materiales con que fueran tapiadas, confirmando así las suposiciones del profesor Keystone.

Mucho antes de que el reflector acabara de dar una vuelta completa sobre su eje, los terrícolas habían comprendido que se encontraban en una profunda sima sin más entrada ni salida que la utilizada por ellos para llegar aquí.

—Nos hemos metido de rondón en un cementerio, no cabe duda —murmuró Welby.

—Lo comprobaremos mañana, en cuanto se haga de día —dijo Tassone. Y añadió—: Apaguen ahora ese protector y vámonos a dormir. Mañana lo comprobaremos.

Pero Keystone, que era profesor de Ciencias Naturales de la Universidad de San Francisco no podía esperar tanto tiempo:

—Si me lo permiten saldré ahora mismo —dijo echando mano de su escafandra—. Si esto es un cementerio, tendrá esqueletos, y si hay esqueletos sabremos al fin cómo eran o cómo son los marcianos. Esto es demasiado importante para mí. No podrá esperar en la incógnita hasta mañana.

—Yo le acompaño —dijo Welby.

—Y yo —se apresuró a decir el profesor Litovsk, bioquímico de la Universidad de Leningrado.

Sir Harold Stanley, Hubbard y media docena de hombres más aseguraron estar dispuesto a seguir a Keystone.

—Pero antes comeremos —dijo Tassone—. La exploración puede prolongarse hasta el amanecer. Y les apuesto una cosa. No vamos a encontrar en esas sepulturas otra cosa que montoncitos de polvo. Ningún esqueleto puede sobrevivir a un millón de años, y posiblemente hace más que nuestros amigos los marcianos fueron enterrados.

La profesora Miroslava Michailov, quien seguramente por su profesión de matemáticas había sido encargada de la despensa de la expedición, distribuyó las míseras raciones, apenas suficientes para mantener en pie a aquellos hombres, los cuales las comieron ávidamente en un abrir y cerrar de ojos.

Generalmente, éste era el momento más desagradable de cada día. Después de hacer desaparecer sus exiguas raciones con la voracidad de tigres, los expedicionarios se retiraban a sus literas con el estómago vacío, irritados por la certeza de que no volverían a probar bocado hasta la mañana siguiente, en que también quedarían hambrientos. Y ya entre las mantas del lecho, cada hombre se encerraba en sí mismo para soñar en banquetes opíparos, o para recordar con añoranza a sus familiares, sus amigos, sus pueblos... todo cuanto había quedado en su fértil planeta, más hermoso y deseado que nunca ahora que no tenían esperanzas de regresar a él.

Pero excepcionalmente, esta noche no se escucharon gruñidos de descontento, ni necrológicas en honor de tal o cual banquete celebrado ¡ay! hacía muchos meses, lo que siempre acababa por aumentar el malhumor de los que marchaban a la cama sintiendo el feroz zarpazo del hambre en el estómago.

Dominados de una ansiedad febril, los expedicionarios terminaron en un santiamén la breve comida, tomaron linternas, herramientas, cuerdas y máquinas fotográficas, se encasquetaron las escafandras y saltaron a tierra.

La vaga inquietud que solían sentir todos los temperamentos imaginativos al enfrentarse con lo misterioso y desconocido, ponía un cosquilleo nervioso en las piernas de Arthur Welby cuando se

encaminaron hacia la pared más próxima del cañón.

Y aunque nadie lo confesó, todos se sentían igualmente emocionados en aquel instante. Porque si siempre resultaba una experiencia emocionante visitar un cementerio desconocido en la oscuridad de la noche, ahora debía añadírsele la circunstancia, no muy frecuente por cierto, de disponerse a profanar las tumbas de unas criaturas que habían vivido, tal vez gozado y amado, cuando allá en la Tierra el primitivo hombre anterior al de Neandertal construía sus toscas hachas de sílex ante la boca de una caverna que todavía no había ahumado el fuego de la primera hoguera encendida por el hombre.

Los pasos de los profanadores, rápidos y decididos al principio, iban haciéndose más lentos y cautelosos a medida que se acercaban a las hornacinas iluminadas por el reflector del vehículo remolque.

Pocos metros antes de llegar a las supuestas sepulturas el profesor Keystone, que iba al frente del grupo con un pico al hombro, se detuvo en seco. Su voz resonó clara en los auriculares de todos los aparatos de radio sintonizados en la misma longitud de onda.

—Escuchen esto. Conecten el tornavoz exterior. Welby fue de los primeros en conectar este altavoz. Enseguida escuchó un fantástico, sobrenatural y sobrecogedor aullido. Un sonido extraño, apagado y próximo a la vez, que no se parecía a nada de cuanto los expedicionarios habían escuchado hasta entonces.

Era como si cien sirenas distintas sonaran a la vez en tonos y potencias distintas, subiendo, bajando, alejándose y aproximándose, mas sin enmudecer nunca. O como si un millón de almas en pena se quejaran a la vez en tanto erraban sobre los lugares donde descansaban sus restos mortales convertidos en impalpable polvo.

Era, en fin, un sonido extraterrestre, desconocido, que, dadas las circunstancias, en un mundo enigmático, hosco, desierto y ante un cementerio, parecía venir de ultratumba.

—Es el viento que gime al pasar entre los riscos y entrar en estos agujeros —aseguró la voz de sir Harold. Y luego añadió—: Pero es impresionante. Nadie contestó, avergonzados, sin duda, de haberse dejado impresionar de un sonido que en su condición de científicos no podían admitir que procediera de nada sobrenatural. Keystone soltó una nerviosa risita y se acercó decidido a la primera hornacina.

Esta era de grandes proporciones y vendría a medir unos 8 metros de anchura por 3 de altura y cuatro de profundidad. Parte del muro que

en otros tiempos la había tapiado estaba caída hacia dentro. La arena cubría casi totalmente estas piedras, que bajo la deslumbrante luz del reflector se mostraban en forma de sillares cúbicos de unos 60 centímetros de arista.

—No hay nada aquí dentro —dijo Keystone con acento desilusionado. Y el profesor Novgorod exclamó:

—¿Pues qué quería encontrar aquí? Fíjese en esos sillares de granito. Deben llevar tantos siglos expuestos a la erosión del viento que sus cantos han sido limados y redondeados. Si eso ha ocurrido con los bloques de piedra, ¡imagine en qué estado habrán quedado los huesos de un esqueleto!

Keystone movió afirmativamente su metálica escafandra.

—Sí, he sido un tonto, imaginando que aquí podría encontrar algo más que arena. De existir restos humanos deben estar en una de esas hornacinas que todavía se ven tapiadas.

—Pero escuche, Keystone —dijo O'Neill, jefe de los ingenieros mecánicos de la expedición—. Usted debe de haberse equivocado. Esta cueva podría ser la tumba de un gigante, pero no la de un hombre como nosotros.

—¿Y quién le ha dicho a usted que los marcianos son como nosotros? — contestó Keystone—. Precisamente por las dimensiones de estas excavaciones estoy seguro de que han sido abiertas para enterrar gigantes.

—¿Quiere decir que espera encontrar esqueletos de ocho metros de estatura, señor Keystone?

—Precisamente, querido O'Neill. vamos a abrir cualquiera otra de esas tumbas y se lo demostraré a usted.

El grupo encendió sus linternas para salir del foco de luz del proyector y echar a andar a lo largo del altísimo paredón de granito. Tenían que ir saltando y zigzagueando entre bloques de granito tallado en forma de cubos y grandes peñascos caídos desde lo alto del acantilado.

Si en aquel instante se hubiera producido uno de los derrumbamientos que allí parecían tan frecuentes, la expedición en peso habría perecido aplastada bajo un alud de gigantescas peñas que se mantenían en milagroso equilibrio.

Keystone se detuvo alumbrando con su linterna un muro de sillares de

cuyas junturas se caía a pedazos una especie de argamasa.

—¿Ven esto? —preguntó Keystone alumbrado con su linterna y desmenuzando entre sus dedos una pella de cemento—. Esta tumba ha sido tapiada con sillares viejos. Es decir, con bloques que ya llevaban muchos milenios tallados y muestran las aristas redondeadas por la erosión.

Y Welby murmuró con el corazón subido a la garganta.

—Podrá tratarse de una sepultura cerrada recientemente.

—No muy recientemente a juzgar por el estado de la argamasa —contestó Keystone—. Pero si hay alguna probabilidad de encontrar restos de un marciano, se encuentra detrás de este muro. ¡Vamos a destruirlo!

Los expedicionarios pusieron manos a la obra y mientras unos alumbraban con las linternas, otros iban a apuntar el reflector y otros a traer sillares para formar una plataforma.

CAPÍTULO III

Por espacio de media hora, bañados por la enceguecedora luz del reflector eléctrico, los expedicionarios atacaron los sillares de la fila superior manejando con saña picos y palancas de titanio.

Mientras tanto, el profesor Tassone, la señorita Michailov, el coronel Whitted, Arthur Welby, y los que por no ir provistos de herramientas se veían relegados a una forzosa inactividad, se impacientaban rumiando en silencio sus pensamiento. El hábito les había acostumbrado a no ser locuaces.

—¿Por qué no empleamos la dinamita y acabaremos antes? —se oyó decir a monsieur Durand.

Keystone protestó indignado:

—¿Está loco? El muro se derrumbaría hacia dentro y aplastaría lo que queremos ver entero.

Durand refunfuñó. Siguiendo otros minutos de aplomante silencio, sólo interrumpido de vez en cuando por las secas órdenes de Keystone o Durand. Phobos, la más pequeña y próxima de las lunas de Marte,

surcó con majestuosa lentitud el cielo por encima de las cabezas de los terrestres. Al cabo de unos minutos desapareció del campo visual para seguir aquella su rauda carrera que le hacía dar una vuelta completa a Marte cada siete horas y media.

—¡Muy bien! —se oyó exclamar a Durand— Eso se mueve. A ver, introduzcan la placa aquí.

El bloque de granito empezó a salir bajo la presión de las barras de titanio. La ansiedad creció entre los que seguían desde corta distancia los trabajos de demolición. Unos forcejeos más, y el sillar se desprendió del muro cayendo silenciosamente al suelo.

El profesor Keystone empuño su linterna eléctrica y metió la escafandra, los brazos y los hombros por el agujero. —¿Ve usted algo, Keystone? —preguntó Tassone acercándose en dos nerviosas zancadas.

—¡Cielos, ya lo creo! —exclamó la jubilosa voz de Keystone por los auriculares de toda la expedición. Y luego añadió con acento de admiración y sorpresa—: ¡Fantástico… maravilloso!

El biólogo se retiro del agujero y saltó de la plataforma de similares a la arena. Corrió a abrazar al profesor Hubbard, notable astrofísico norteamericano.

—¡Un cadáver de marciano, señor Hubbard! —gritó lleno de entusiasmo—:

¡toda la hornacina está ocupada por el cuerpo de un gigante que mide seis o siete metros de estatura!

Hubbard corrió hacia el hueco que el sillar había dejado en el muro, pero los que estaban trabajando sobre la plataforma se le había adelantado y obturaban con sus cuerpos la angosta abertura.

—No se ve muy bien ahora —prosiguió diciendo Keystone—. Pero si echamos abajo con cuidado todo el muro podremos verlo y tal vez sacarlo afuera.

—Si es un esqueleto se hará polvo al menor soplo de aire —pronosticó Litovsk, bioquímico de la universidad de Leningrado.

—No es un esqueleto —contestó Keystone dando muestras de gran agitación—. El cuerpo se conserva entero.

—¡Imposible! —exclamó Litovsk—. Tendría que llevar enterado muy poco tiempo para que su cuerpo se conservara en ese estado.

—Tal vez esté embalsamado —apunto Keystone—. Lo cierto es que no se trata de un esqueleto sino de un cuerpo macizo y voluminoso... ¡enormemente voluminoso!

—Bien... bien —corto Tassone entre áspero e impacientado—. No perdamos tiempo en discusiones. Vamos a desmontar ese tabique quitando sillar por sillar...¡silencio!

La última orden del jefe de la expedición iba dirigida a los que se habían asomado al boquete y trataban de explicar incoherentemente lo que acababan de ver.

Los alborotadores callaron y toda la expedición se dedicó afanosamente a la tarea de quitar y aparcar sillares. Ahora que la brecha ya estaba abierta, la tarea de arrancar cubos de granito no ofrecía tantas dificultades como la primera vez. Pronto toda la fila superior fue echada a tierra, y la segunda empezó a caer todavía con mayor rapidez. Detrás del muro, a medida que éste disminuía de altura y bajo la amarillenta luz del proyector, fueron sur giendo los perfiles de un ser gigantesco que estaba echado de espaldas en el suelo. En realidad, lo primero que apareció ante los sorprendidos expedicionarios fue el arco de un abobado tórax que se veía cubierto por un tejido azul claro. Luego fueron apareciendo el rostro, el tronco, los hombros, las piernas y los pies del monstruo.

¿Monstruo?

La última fila de sillas apartada en mitad de un impresionante silencio y el grupo de 44 hombres y una mujer quedó mirando absorto al cuerpo del gigante.

Este tenía un perfil extraño, vagamente humano, y si embargo no desprovisto de belleza. Al igual que el ídolo o esfinge encontrado a la entrada del desfiladero, diríase que las angulosidades del rostro del difunto habían sido limadas, arañadas y rebajadas por una larga exposición al viento y al frote de la arena.

Esto, sin embargo, era pura ilusión en cuanto a las facciones del cadáver. Puesto que ningún elemento podía borrar así las angulosidades de un rostro humano, debía inferirse que el marciano las tenía así en sus mejores tiempos.

Tres curvas suaves destacaban en aquel perfil, correspondiendo la más saliente a la abombada frente, otra a la prácticamente inexistente nariz, y la última a una barbilla breve, muy pequeña de mentón.

La calavera era grande, con un cráneo extraordinariamente voluminoso, y sin más huecos que los correspondientes a una boca muy pequeña, las vacías cuencas de los ojos y los taladros de los oídos.

Embargados de profunda emoción, entre admirados y asustados de su propia osadía, los terrícolas se quedaron unos momentos inmóviles. Hasta que el profesor Keystone, sacando de uno de los bolsillos de su traje un pequeño cortaplumas, lo abrió y se acercó al cadáver.

El profesor Tassone le detuvo con un ademán:

—¡Alto! ¿Que va hacer usted, Keystone? No toque ese esqueleto hasta que lo hayamos fotografiado. Seguramente se conserva intacto por puro milagro y se convertirá en polvo a la menor presión.

Keystone esperó unos minutos mientras los fotógrafos de la expedición hacían centellear los flash de sus cámaras. Entonces no sólo Keystone si no también todos los demás se aproximaron al esqueleto.

Keystone, con su osadía profesional de investigador, cortó con el cortaplumas la especie de traje de una sola pieza que vestía el gigante. Por la hendidura que abrió el cuchillo pudieron ver entonces una materia lisa y blanca la cual probó a hendir el biólogo con la punta del cortaplumas sin conseguirlo.

—¡Ajajá! —exclamó Keystone—. Tal y como me figuraba, este marciano está acorazado.

—¿Acorazado? — repitió el profesor Tassone sin comprender. —Si — contesto Keystone—. Está organizado al igual que muchos de nuestros insectos con una envoltura rígida exterior que les sirve de esqueleto.

Welby se acercó a la calavera y alumbró con su linterna por el hueco de la cuenca de los ojos. La luz les mostró el interior de un cráneo completamente vacío.

—El marciano lleva muerto y enterrado varios siglos —prosiguió diciendo Keystone—. De lo que fue en otros tiempos sólo nos queda su concha exterior.

Los exploradores, pasada la impresión de los primeros instantes, se acercaron a la hornacina y entraron en ella rodeando al esqueleto del gigante. Éste, aparte del traje de una sola pieza, no llevaba otra cosa que unos zapatos enormes, proporcionados a la medida de su extraordinaria talla. Según pudieron averiguar los investigadores, los brazos y las piernas del marciano estaban articulados y constituidos al

estilo de las piezas de los cangrejos y langostas terrestres, con la diferencia que el gigante acababan en manos de cuatro dedos.

Debido sin duda al mucho tiempo que el cadáver llevaba enterrado, estas piezas óseas habían perdido la sustancia cartilaginosa de sus articulaciones los brazos del titán se soltaban con extraordinaria facilidad.

Un somero examen bastó para demostrar que el profesor Keystone había acertado en su dictamen. Tanto los dedos, como los brazos y probablemente las piernas del cadáver eran tubulares y estaban huecos interiormente.

Otro de los detalles más notables del gigante era la falta de cintura y la extraordinaria anchura y volumen de su tórax. De hecho, el tronco del marciano era un triángulo invertido, con la base formando los hombros y un vértice apuntando hacia abajo y sirviendo se sostén a las extremidades inferiores.

Pero la sorpresa todavía mayor aguardaba a los intrépidos investigadores. Arrancando sin esfuerzo uno de los brazos del gigante, el doctor Welby dirigió el haz de su linterna por el hueco del hombro para examinar el interior del tronco del marciano. Este se apreciaba completamente hueco como era de esperar, pero completamente vacío. En el fondo de la caja torácica se veían una especie de grandes anillos de unos 20 centímetros de diámetro que descansaban formando una hilera a todo lo largo de la espalda del gigante.

—Venga a ver esto, Keystone.

Keystone fue a echar una mirada por el hueco del hombro del marciano.

—¡Caramba, caramba! —exclamó admirado.

El profesor Tassone y un grupo de sabios se acercaron.

—¿Quiere prestarme su bastón unos momentos profesor Tassone? —dijo Keystone.

El sabio lo cedió muy intrigado. El biólogo lo asió por la contera e introdujo el pomo curvado por la abertura del hombro del marciano. Poco después sacaba enganchado en el pomo del bastón uno de aquellos curiosos anillos del hueso.

—Usted que ha estudiado anatomía, doctor Welby —dijo Keystone poniéndole la pieza pescad ante la nariz—. ¿Qué le parece esto?

Welby contestó sin vacilar:

—La vértebra de una espina dorsal.

—Muy aplicado —sonrió Keystone—. Le apruebo, porque también a mí me parece un hueso de la columna vertebral del marciano.

—Creí que había dicho usted que los marcianos pertenecían a la familia de los invertebrados —apunto Litovsk.

Y Keystone repuso:

—Con toda seguridad estamos frente a uno de los resultados más sorprendentes del proceso de adaptación de las especies. Los marcianos debieron ser criaturas vertebradas, como nosotros, y es casi seguro que en su aspecto diferencia poco de nosotros antes que los cambios de su planeta les obligaran a metamorfosearse en el transcurso de varios millares de generaciones.

Keystone señalo al abombado tórax del cadáver.

—Observen la extraordinaria capacidad torácica de este individuo. Sus pulmones debían ser enormes. Tal vez se hicieran así a medida que disminuía la proporción de oxígeno de la atmósfera marciana, lo cual obligaría a estas criaturas a unas inhalaciones más profundas a medida que el aire se empobrecía en oxígeno. Pero al mismo tiempo, otros cambios se producían también en el tiempo, otros cambios se producían también en el ambiente de Marte. Al hacerse más delgada y sutil la capa de la atmósfera, el clima fue haciéndose más frío y la presión barométrica descendió. A estos cambios respondieron las defensas naturales del organismo humano haciendo más grueso y seguramente velludo el cuero del marciano. Pero como debía contrarrestarse también la descompresión exterior, el cuero tendió a adquirir la consistencia de una envoltura ósea. Todos estos cambios en el trascurso de varios millones de años, pudieron cambiar tan profundamente el organismo del marciano que le hizo innecesaria la permanencia del primitivo esqueleto. La naturaleza, como la experiencia nos ha demostrado, tiende a eliminar todo aquello que no es necesario. Estoy por afirmar categóricamente, que de aquel esqueleto parecido al nuestro no queda en el marciano otra cosa que las vértebras de la espina dorsal.

El grupo contemplo impresionado el gigantesco esqueleto-concha del marciano.

—¿Fue también por un fenómeno de adaptación por lo que los

marcianos se convirtieron en gigantes de siete metros de estatura? —preguntó por los auriculares la voz del coronel Whitted.

—¡No claro, que no! —protestó el profesor Litovsk con su fuerte acento ruso—. El marciano ha sido siempre un gigante. Ni para él ni para nosotros es una casualidad nuestra estatura. La fuerza de atracción de la Tierra no permite al hombre superar los dos metros de estatura. Pero en Marte, donde la fuerza de gravedad es tres veces menor, el hombre debe alcanzar también una altura triple a la del terrestre. El volumen de nuestros respectivos mundos está en relación inversa con el tamaño de sus habitantes. El hijo de la grande y pesada Tierra es un enano. El del pequeño y ligero Marte tiene que ser un gigante.

—Exactamente —apoyó Keystone—. Por eso le dije al señor O'Neill que lo que esperaba encontrar en esa tumba era precisamente el cuerpo de un gigante.

Siguió otro breve silencio durante el cual todos contemplaron impresionados el caparazón de aquel ser extraordinario.

—¿Seremos nosotros así también cuando la atmósfera de la tierra haya llegado a un grado de agotamiento análogo al de Marte actual? —preguntó el coronel Whitted.

—De nosotros, lo que se dice nosotros ni una molécula de polvo quedará como recuerdo cuando las razas humanas de la tierra lleguen a este grado de su evolución —contesto Keystone—. Pero nuestros descendentes en el transcurso de varios millones de años, es seguro que tendrán esta forma u otra muy parecida.

—No me gustaría vivir en aquellos tiempos —refunfuño el coronel—. El aspecto de nuestras mujeres, cuando lleguen a estas edades, debe ser muy desagradable.

—Lo sería para nosotros si de pronto nos trasladan a un mundo donde los seres humanos poseen una coraza exterior tan dura como la de un rinoceronte —aseguró el profesor Hubbard—. Pero habrán de transcurrir millones de años y sucederse varios millares de generaciones antes que las razas humanas alcancen un grado de evolución parecido al marciano. El cambio será gradual e insensible y las gentes que vivan entonces se habrá ido acostumbrando a sus nuevas formas. Puede usted estar seguro que las mujeres todavía encontraran entonces algún modo de realzar su belleza, al paso que los hombres seguirán encontrándolas hermosas. Cuando las razas del futuro nos vean a nosotros tal y como somos ahora, en grabados o

películas retrospectivas, nos encontrarán mucho más feos y horribles que nosotros al primitivo hombre de Neandertal.

—Eso sí que no podré creerlo jamás —refunfuño Whitted. Y Keystone contestó:

—¡Oh, puede creerlo! El concepto actual de la belleza habrá cambiado en el transcurso de las edades y la evolución de las formas humanas. Y no sólo en la forma exterior, sino también en la manera de pensar se habrán efectuado cambios profundos y completos. —Bien —murmuró Whitted—. Es posible que tengan ustedes razón, pero en lo que a mí respecta celebro haber nacido en una época en que las mejillas de las mujeres son de satinada y perfumada piel en vez de duro e insípido hueso.

—Escucháronse algunas risas a través de los auriculares.

—Creo que por esta noche ya hemos hecho bastantes investigaciones. Volvamos a los vehículos —dijo el profesor Tassone—. Mañana, antes de salir de este cañón, fotografiaremos y sacaremos medidas de este esqueleto.

El grupo abandonó la hornacina sepulcral para encaminarse hacia los vehículos cuyas cabinas parecían invitarlos a la comodidad y el descanso. La temperatura exterior había descendido por debajo de los 80 grados bajo cero.

Unidos en racimos por los hilos telefónicos, los expedicionarios iban comentando animadamente las incidencias de la noche, cuando cerca ya de los tractores, el piso de arena empezó a temblar convulsivamente como sacudido por un terremoto. Simultáneamente con este temblor de tierra y a través de los micrófonos de las escafandras que recogían los sonidos producidos en el exterior, los expedicionarios escucharon un trueno lejano y apagado como de gigantescas moles que se derrumbaban.

—¡Un desprendimiento de rocas! —gritó una voz alarmada.

Todos se volvieron en la dirección que parecía venir aquel trueno sordo y prolongado. Y aunque en las profundas tinieblas de la noche era imposible ver nada, todos creyeron adivinar lo que estaba ocurriendo.

Las paredes cortadas a pico de la garganta agrietadas y debilitadas por anteriores derrumbamientos, se venían abajo como estaban anunciando quizás durante siglos. Este derrumbamiento se producía a

espaldas de los vehículos, precisamente en la parte más angosta del desfiladero por donde habían pasado los terrícolas para llegar hasta el cementerio marciano.

—¡Cielo santo! —se oyó exclamar ahogadamente al profesor Tassone. Y enseguida gritó—: ¡Vuelvan el proyector hacia la entrada del cañón!

El reflector tardó un rato en ser apuntado hacia allá, porque el hombre que solía encargarse de él había abandonado su puesto atraído por la novedad del hallazgo del cadáver del marciano. Y durante la angustiosa espera, hasta que el dardo amarillo del proyector se volvió, como un gigantesco y rígido dedo fluorescente, el suelo siguió temblando y escuchándose el apagado rodar de moles de granito que se precipitaban desde 800 o 1000 metros de altura hasta el fondo de la garganta.

La barra luminosa del reflector eléctrico, al volverse en aquella dirección, mostró a los espantados ojos de los terrícolas una densa nube de polvo que ocultaba por completo a la salida del cañón. El trueno cesó al cabo de unos minutos y la trepidación del suelo fue decreciendo también hasta cesar por completo. Los expedicionarios esperaron con el corazón encogido a que el polvo se disipara barrido por el viento.

En todas las mentes palpitaba el mismo atroz pensamiento. Si el derrumbamiento había sido tan importante como parecía, los vehículos no podrían escapar de aquel maldito agujero. Esto, con ser grave, no era lo peor. Lo más malo era que los expedicionarios tampoco podrán alejarse de los tractores más allá del alcance del oxígeno de sus botellas y la electricidad almacenada en sus acumuladores.

La luz, el calor y el mismo vital oxígeno que las había permitido sobrevivir en Marte se lo proporcionaba el gigantesco tractor atómico con su central de energía eléctrica. Los terrícolas podrían quizás escalar los paredones de aquel agujero, pero los pesados tractores jamás podrían seguirles por aquel difícil camino.

—La suerte de la expedición, por lo tanto, quedaba unida a la suerte que pudieran seguir los vehículos. Si éstos no podrían salir de la encerrona, los hombres tampoco podrían alejarse de allí. Morirían de asfixia mucho antes de haber terminado sus provisiones, tan rigurosamente racionadas hasta allí.

Porque el oxígeno no podía racionarse como la comida y el agua, y era bien sabido por todos que la provisión de agua de sus tanques, la que

se empleaba para producir oxígeno, no alcanzaría para más de dos meses si antes no se reponía fundiendo los hielos del casquete polar marciano, hacia el cual se dirigían al tropezar con el malhadado cementerio marciano.

Cuando finalmente se disipó la nube de polvo barrida por el viento y el chorro de luz les permitió apreciar la importancia del derrumbamiento, un estremecimiento de frío recorrió la espina dorsal de los terrícolas.

Una muralla tan alta como un rascacielos, formada en su mayor parte por moles de granito tan grandes como locomotoras de vapor, cerraba por completo la angosta garganta por donde los vehículos pasaron aquella tarde para entrar en el cementerio.

La expedición quedaba prisionera, víctimas de su propia audacia. La que fue tumba de los últimos marcianos sería a su vez la tumba de los primeros terrícolas que la profanaron. Los muertos se vengaban de los vivos.

CAPÍTULO IV

Con los primeros rayos del sol reflejándose en los rojos picachos que dominaban la garganta, terminó la noche más larga y más triste de cuantas los expedicionarios habían vivido desde que llegaron a Marte.

Para entonces todos los hombres estaban en pie mostrando en sus rostros las huellas del insomnio y la desesperación.

Apenas los dorados rayos de sol empezaron a bajar a lo largo de las paredes del cañón, el profesor Tassone y los geólogos se prepararon para salir. Su propósito era escalar la montaña de escombros y calcular las posibilidades de abrir un camino por donde pudieran escapar los vehículos.

—No hay que desanimarse, ¡Qué caramba! —exclamó sir Harold ante las muestras de abatimiento de sus compañeros—. Somos cuarenta y cuatro hombres con ochenta y ocho brazos para trabajar. Bien es cierto que jamás podremos apartar esos miles de toneladas de rocas, pero quizás sea posible construir un rampa para que los tractores trepen por ella y pasen al otro lado del obstáculo.

Bastaba mirar la montaña de cien metros de altura para comprender

que esto era poco menos que un sueño irrealizable. Pero al fin era una esperanza, y en aquellas circunstancias una esperanza, por remota que fuera, era mejor que nada.

Deseoso de tener un aparte con su novia, cosa que era materialmente imposible en la estrecha y superhabitada cabina del tractor remolque, Arthur Welby hizo señas a la profesora Michailov para que se preparara a salir.

Ya equipados para la excursión, los expedicionarios tomaron una taza de café y un par de galletas por desayuno. Luego, se encasquetaron las escafandras, tomaron unas cuerdas y piquetas y abandonaron el vehículo.

Los excursionistas, una docena en total, tomaron la dirección de la montaña de escombros, Arthur Welby enchufó las clavijas de su radioteléfono al aparato de radio de la profesora Michailov. —Te he estado oyendo dar vueltas en tu litera durante toda la noche —dijo Welby mientras andaban uno junto al otro—. ¿En qué pensabas, Miroslava?

—En nosotros, por supuesto —contestó la joven—. Es una ironía que hayamos estado discutiendo durante meses lo que haríamos cuando volviéramos a la tierra sin sospechar que el destino nos deparada esta jugarreta.

—Luego reconoces que hemos desperdiciado en discusiones todo el tiempo que podríamos llevar casados desde que el teniente Lewis partió hacia la tierra.

—Reconozco que podríamos haber sido felices... de no existir entre nosotros tanta divergencia de opiniones.

—Tú querías que a nuestro regreso a la tierra nos fuéramos a vivir a la Unión Soviética —se lamentó Welby.

—Y tú te empeñas en llevarme a los Estados Unidos.

Arthur Welby hizo una mueca tras el frente de cristal azul de su escafandra.

—Bien —suspiró—. Tal y como se han complicado las cosas ya no hay razón para discutir sobre lo que haremos al regresar a la tierra. Jamás regresaremos allá. Por lo tanto podemos hacer que el profesor Tassone nos case hoy mismo como jefe de expedición, y tratar de recuperar la felicidad desperdiciada en la pocas semanas que nos resten de vida. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—No, Arthur —contesto Miroslava moviendo su rubia cabecita en el interior de la grotesca escafandra—. Hacer que el profesor Tassone nos casara en estas circunstancias sería el disparate mayor que podríamos cometer.

—¿Por qué? Tenemos derecho a pensar en nosotros... en hacer cuan felices podamos las cortas semanas de vida que nos quedan.

—Te equivocas, Arthur. No podemos recluirnos en nuestro egoísmo...encerrarnos en nuestra felicidad. Presiento que se avecinan días terribles para nosotros. Hasta hoy, la esperanza de recibir socorros de la tierra antes de agotar las provisiones ha sostenido el espíritu de camarería entre estos hombres de tan distinta nacionalidades creencias ideológicas. Pero inesperadamente la muerte a plazo fijo se ha adelantado en dos o tres meses a lo provisto. Por una ironía del destino nosotros que tanto temíamos perecer de hambre vamos a morir por asfixia. Si no logramos escapar de esta trampa para alcanzar los hielos del polo, es seguro que moriremos antes del plazo mínimo que allá en la tierra calculan podemos resistir. Y sin esperanzas de salvación, los que hasta ahora se han llamado amigos se atacarán unos a otros como fieras.

—¿Por qué habían de hacerlo? —preguntó Welby, sintiéndose vagamente molesto—. Todos los miembros de la expedición son personas de alto nivel cultural. La educación de las gentes...

—No hay educación que valga cuando sur ge la amenaza de la muerte, Arthur —le interrumpió Miroslava con brusquedad—. En una catástrofe, cuando el pánico se apodera de la gente nadie se detiene a considerar la identidad de quienes le disputan un puesto salvador. Imagina que esto es como el naufrago de un trasatlántico en alta mar. Habrá sin duda hombres de espíritu bien templado, y posiblemente algún acto de heroísmo aislado. Pero sería inútil esperar que cuarenta y cinco seres, compitiendo en heroísmo y buenos modales, se cedieran mutuamente el único salvavidas disponible. ¿Recuerdas la escena que tuvo lugar el día en que nuestro último cohete partió hacia la tierra?

Welby asintió con mudos movimientos de cabeza. Recordaba la protesta que se originó cuando el profesor Tassone propuso a la única mujer de la expedición para que ocupara el único asiento disponible en el cohete, aparte el del piloto. Los hombres de la expedición no dieron muestras de ser muy galantes en aquella ocasión.

—Pero esto de ahora es distinto, Miroslava —aseguró Welby—. Entonces había un salvavidas, y ahora no hay para que nos peleemos por él.

—Ese es el caso, Arthur —contestó la profesora—. Hay un medio para que al menos unos de nosotros alcancen a vivir hasta que lleguen socorros a la tierra.

—¡No me digas! —exclamó Welby burlonamente. Pero la profesora prosiguió, si hacer caso de la ironía de Welby.

—Nos queda oxígeno más que para dos meses largos si respiramos cuarenta y cinco personas de él. Pero si la mitad dejaran de respirar la otra mitad podría sobrevivir durante cuatro meses. Y si en vez de la mitad fueran eliminadas las dos terceras partes de la expedición, el tercio restante podría sobrevivir durante seis meses.

—¡Miroslava! —exclamó Welby severamente— ¿Insinúas que alguien puede pensar en sobrevivir hasta la llegada de auxilios eliminando a los dos tercios de la expedición?

—Sí. Y lo que es ahora una simple sugerencia mía acabará por convertirse en una idea obsesionante para todos nosotros a no tardar. ¿Quién sabe si los mismos que se opusieron a que yo me salvara en el cohete no estarán estudiando ya la forma de deshacerse de la treintena de pares de pulmones sobrantes?

—¡Dios mío, Miroslava! —murmuró Welby sintiendo un estremecimiento de frío que le recorrería la espina dorsal— Jamás sugieras tal idea a nadie... ¡es horrible!

—Ciertamente, es terrible —repuso la profesora—. Sin embargo, eso es lo que ocurrirá en cuanto se deseche la última esperanza de salvación. Por eso no podemos casarnos ahora. Arthur. Nuestra felicidad parecería una insolencia a quien nos contemplara y sólo nos serviría para excitar más los ánimos de nuestros compañeros. Y quizás no fuéramos felices tampoco, Arthur. ¿Cómo puede sentirse dichoso uno viendo acercarse la muerte por instantes? ¿En qué instante de unos días llenos de recelos, de sospechas y de odios podríamos hallar un segundo para nuestra felicidad?

Había llegado al pie de la montaña de escombros y se detuvieron. Welby miró al profesor Tassone y a los demás hombres ya estaban escalando el obstáculo. Se preguntó si algún día, dentro de poco, podría ver a aquellos hombres convertidos en feroces enemigos, dándole caza como fieras en una locura colectiva por asegurarse unos metros cúbicos del oxígeno vital.

—Puede que tengas razón, Miroslava —murmuro—. Con toda seguridad no es éste el momento más adecuado para pensar en bodas.

Y advertiré al profesor Tassone de cuando me has dicho. Lo malo de estos sabios es que siempre están pensando en las musarañas, sin darse ni cuenta de lo que ocurre a su alrededor. Como primera providencia para desanimar a los caracteres impetuosos, no estaría mal que guardáramos las armas bajo llave en lugar seguro. Vamos, nos hemos quedado atrás.

Los dos jóvenes desconectaron los hilos de sus radioteléfonos y empezaron a escalar la montaña de escombros en pos del profesor Tassone y los geólogos. Estos trepaban por un punto situado cerca del rojizo paredón de la garganta, porque el camino estaba allí plenamente iluminado por los rayos del sol.

Mirando hacia las paredes del precipicio era fácil de ver lo ocurrido la noche anterior. Las agujas pétreas y los riscos socavados por la erosión que se mantenían en milagroso equilibrio allá arriba, habían caído sobre las grandes y agrietadas cornisas situadas poco más abajo. Estas, al derrumbarse, habían arrastrado consigo todos los salientes débiles inferiores. Y así, de escalón en escalón, lo que pudo empezar en el simple desprendimiento de una roca acabó por originar un desmoronamiento completo de las cornisas y las plataformas saledizas de la pared de la garganta.

El mismo temblor de tierra producido por el desplome de estas masas gigantescas no era ajeno al desprendimiento de otro alud de rocas en la pared fronteriza.

En total, los escombros acumulados en el fondo del cañón podían evaluarse en unos dos millones de metros cúbicos de tierra y rocas.

—Desde luego, no hay que soñar siquiera en apartar estos escombros de aquí —dijo el ingeniero Durand después de apreciar la importancia del derrumbamiento desde arriba.

—¿Cuánto tiempo nos llevaría practicar una rampa de ascenso y otra de descenso por donde los vehículos pudieran salvar esta montaña? —preguntó el profesor Tassone.

Durand aquilató con una mirada las gigantescas proporciones de algunas de las rocas allí acumuladas.

—Con las herramientas de que disponemos sería cuestión de tres meses largos —dictaminó.

Y el profesor Tassone exclamó:

—¡Eso supera en mucho al tiempo que durará nuestra provisión de

oxígeno! Un sombrío silencio siguió a las palabras del sabio. Desde lo alto de la montaña de escombros, los excursionistas contemplaron la plazoleta horadada de tumbas marcianas, en donde los tres grandes tractores parecían del tamaño de juguetes.

Mirando hacia las altas paredes que hacían un pozo del cementerio, Arthur Welby descubrió una estrecha cornisa que, empezando al nivel del suelo del cementerio, iba elevándose para ceñir la curva del acantilado y prolongarse hasta donde estaban los exploradores en este momento.

La cornisa habíase derrumbado por lo menos en media docena de puntos distintos, pero salvando estos huecos podía considerársele como una senda natural que arrancando del suelo del cementerio se remontaba a todo lo largo de las paredes del cañón.

Siguiendo el trazado de esta extraña cornisa, Arthur Welby levantó la cabeza. Vio que la cornisa se había caído en aquel punto arrastrada por las moles que iniciaron el alud. Esto era fácil de adivinar porque las paredes caídas habían dejado grandes manchas de color más claro sobre el rojo que caracterizaba las rocas y las arenas de todo el planeta.

Cincuenta metros más a la izquierda y al nivel de los restos de la cornisa que todavía existía la tarde del día anterior, llamaba la atención la boca de una caverna de unos 12 metros de anchura por 15 de luz.

Vuelto de espaldas a sus compañeros, Welby se quedó mirando intrigado aquel agujero, de una simetría sospechosa; base plana, paredes verticales y techo formando un arco de medio punto.

—Mire esa gruta, sir Harold —dijo tocando en el brazo al distraído geólogo. Sir Harold levantó los ojos y miró en la dirección que le señalaba Arthur. Y como todos estaban en conexión por la misma onda de radio miraron también hacia arriba.

—La cornisa se interrumpe al llegar a esa abertura —señaló Welby.

—¿Qué cornisa? —preguntó el británico.

Welby la señaló con el dedo y explicó lo que creía haber descubierto:
—Diríase que en algún tiempo hubo un sendero que bajaba desde esa cueva al nivel del piso del cementerio.

—Sí, es cierto.murmuró Durand—. ¿Por qué no subimos a ver qué hay en esa cueva?

Tassone y los sabios más viejos se encogieron de hombros. Pero Welby, Miroslava, Durand, Sieversk, sir Harold y un astrónomo japonés llamado Jimmu empezaron a escalar el muro en dirección a la caverna.

La entrada de la cueva estaba sólo a 10 metros de altura por encima de la montaña de escombros y no fue difícil alcanzarla dando un pequeño rodeo.

Haciendo equilibrio sobre el angosto alero que era cuanto quedaba de la antigua cornisa, Arthur Welby alcanzó el firme piso del túnel.

Los rayos del sol alumbraban los primeros metros de la cueva, pero el resto permanecía envuelto en profundas tinieblas por obra y gracia de la escasa difusión de la luz en la enrarecida atmósfera de Marte.

Miroslava, Sieversk, Durand, Jimmu y sir Harlod entraron en la caverna en pos de Arthur y miraron a todos lados llenos de curiosidad.

—Este túnel ha debido ser excavado por la mano del hombre —dijo el profesor Sieversk—. La Naturaleza no abre cavernas de tan rigurosa simetría. ¿Pensó alguien en traer una linterna?

—Yo llevo la mía de bolsillo —anunció sir Harold. Y extrajo una lamparilla poco mayor que una pluma estilográfica.

—No es gran cosa —farfulló el profesor Sieversk—. Pero, en fin. Vamos a ver qué se oculta en las sombras.

La lamparilla de sir Harold arrojaba un pequeño rayo de luz sobre el piso del túnel. Los cinco hombres y la muchacha avanzaron apelotonados en pos del británico y su inquieta lucecilla. De vez en cuando, el geólogo se detenía para iluminar las paredes y el techo.

—El túnel parece muy profundo —dijo sir Harold—. Será mejor que volvamos atrás y regresemos luego con linternas más...

Sir Harold se detuvo lanzando una exclamación. El inquieto círculo amarillo de su lamparilla acababa de caer sobre una recia columna.

—¿Qué es eso? —exclamó Welby sintiendo que el corazón le golpea ruidosamente en el pecho.

—¡Caramba, caramba! —murmuró Durand adelantándose al grupo para alcanzar rápidamente la columna.

El grupo le siguió y mientras tanto, la lamparilla mostró una altísima

valla de malla metálica que parecía adosada a la columna. Esta malla formaba unos rombos tan grandes que cabía por ellos un hombre. Los exploradores se detuvieron ante la verja. —¿Quiere dirigir la luz hacia abajo a través de la malla, sir Harold? —dijo Durand con voz en donde vibraba la excitación.

Sir Harold lo hizo así y el haz amarillento de luz mostró un enorme pozo detrás de la columna.

—¡Un pozo! —exclamó Welby.

—Sí. El pozo de un ascensor —dijo Durand roncamente—. Traiga acá esa linterna.

El ingeniero francés se la arrebató a sir Harold sin esperar a que éste se la ofreciera. Con ella se dirigió a la izquierda siguiendo la red metálica. A unos cinco metros de la primera descubrió una segunda y sólida columna metálica.

Mientras tanto, la breve conversación de los excursionistas había llegado hasta el grupo del profesor Tassone y a los receptores de radio de los vehículos aprisionados en el fondo de la garganta. Y un coro de voces excitadas inquirían detalles acerca de lo que estaba ocurriendo en el túnel.

Durand lo explicó mientras examinaba las columnas, la red metálica tendida entre ellas y el pozo que se abría en el piso del túnel.

—Hay un pozo de unos doce metros de diámetro entre seis recias columnas metálicas con una guía dentada por la parte interior. No se ven cables ni motores eléctricos en el techo, pero esto podría ser el pozo de un ascensor. Hay una alta red metálica montada sobre un marco de acero empotrado en dos de estas columnas. Parece una puerta. Vamos a probar a abrirla.

Dejóse oír a través de los auriculares el eco de varias voces agitadas:

—¿Adónde conducirá?

—¡Sin duda hay una ciudad marciana enterrada bajo la montaña!

—Guarden silencio, por favor. O aquí no habrá forma de entendernos unos a otros —gritó Durand—. Será mejor que dejen de charlar y acudan aquí con linternas y cuerdas por si hemos de descolgarnos por el pozo.

—Oiga, Durand —dijo Sieversk—. Si hay un ascensor no será

necesario que nos descolguemos por el pozo con las cuerdas.

—Probablemente hace siglos que este ascensor no se utiliza. ¿Cree usted que funcionará todavía?

—En todo caso poco cuesta probarlo. ¿Ha mirado usted si había algún botón de llamada?

—¡Espere... creo que había algo de eso por esta columna! —gruñó el francés volviendo a la columna de la derecha.

Siguieron unos cortos momentos de ansiedad mientras Durand hacía resbalar el círculo amarillo de su lamparilla a lo largo de la columna.

—¡Aquí está... el botón! —gritó al fin Durand— ¡Mírenlo ahí arriba! —Está demasiado alto para que podamos alcanzarlo sin una escalera — apuntó Welby con voz desfallecida de emoción.

Y Miroslava dijo riendo nerviosamente:

—Claro, como que este ascensor ha sido construido para gigantes! Sieversk dejó caer su ruda mano sobre el hombre del profesor Jimmu.

—Usted que es el más pequeño de todos, Jimmu. Trepe sobre mis hombros y apriete ese botón.

Ni corto ni perezoso, aunque visiblemente nervioso, el japonés se encaramó sobre los anchos hombros del ruso y alargó su mano temblorosa hacia el enorme botón blanco.

—¿Aprieto? —preguntó.

—¡Diablo, pues claro! —gritó Sieversk desde abajo.

El profesor Tassone y los que con él se habían quedado afuera entraron en este momento en el túnel. Jimmu hizo una fuerte presión sobre el botón con la palma de la mano y anunció:

—Ya está.

Inesperadamente, una luz blanca y potente brilló como un fogonazo deslumbrador a todos cuantos se encontraban en el túnel.

Lanzando una ahogada exclamación de sorpresa, los terrícolas cerraron los ojos y se llevaron instintivamente las manos al frente de cristal de sus escafandras. La luz, blanca y sin sombras, permaneció encendida, fija y sin parpadeos.

Unos pocos segundos bastaron para que las deslumbradas pupilas de los terrícolas se acomodarán a la intensidad de esta luz y pudieran abrir los ojos. Y apenas lo habían hecho cuando sigilosamente, envuelto en un fantástico silencio, apareció el ascensor brotando velozmente del fondo y parándose en seco ante los sorprendidos expedicionarios.

—¡El ascensor! —gritaron media docena de voces enronquecidas.

Y se quedaron mirando a la extraña cabina cilíndrica como si no pudieran dar crédito a lo que veían, en tanto gangueaban a través de los auriculares las voces de los que esperaban allá abajo.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntaban ansiosamente. Durand contestó:

—No pasa nada… Sólo que el ascensor… parece que funciona.

O'Neill, que había llegado al túnel con el grupo del profesor Tassone, se adelantó para mirar curiosamente al ascensor. Este presentaba del lado que lo veían los terrícolas dos grandes ventanas acristaladas, situadas a demasiada altura para que fuera posible ver a través de ellas. —Esto es sin duda una puerta —dijo O'Neill examinando la reja de mala metálica cuyo marco se apoyaba en las columnas—. Vamos a ver de abrirla.

Abrir la caja metálica no presentó ninguna dificultad. En cambio la de la cabina del ascensor les tuvo perplejos unos minutos, hasta que O'Neill dio con un botón colocado también a bastante altura junto a las ranuras que marcaban los contornos de una puerta.

Jimmu volvió a subirse sobre los hombros de Sieversk para poder alcanzar aquel botón y apretarlo.

Brusca y silenciosamente, la puerta se abrió hacia dentro en dos hojas mostrando el interior vacío de la cabina.

—Caballeros —dijo el profesor Sieversk señalando la cabina—. Las puertas de la ciudad misteriosa se abren incitadoras ante nuestra insaciable curiosidad. Podemos pasar.

—Esperaremos a que lleguen los demás —murmuró el profesor Tassone en un visible esfuerzo por disimular su emoción.

El grupo no se hizo esperar. Al frente de él resoplando a causa de la penosa ascensión y armado hasta los dientes, venía el coronel Whitted.

—Ya estamos aquí —anunció entrecortadamente—. Traemos provisiones, botellas de oxígeno, agua, cuerdas, linternas, algunas herramientas, explosivos y todas las armas del arsenal.

—¿Para qué las armas? —preguntó Tassone. Y el coronel exclamó:

—¡Hombre! Vamos a colarnos sin ser invitados en lo que suponemos una ciudad marciana ¿no es cierto? Ignoramos como les sentará esto a los marcianos. Quizás se incomoden y nos reciban de mala manera.

—Escuche, coronel —dijo Tassone—. No se trata de conquistar una ciudad a la brava, ¿comprende? Si existen marcianos donde vamos a entrar no pelearemos con ellos. Bastante haremos si conseguimos inspirarles compasión. Calculo que ellos son muchos y poseen medios de destrucción que nosotros ni siquiera podemos imaginar. Sin duda servirá mejor a nuestros intereses mostrarnos tímidos en vez de arrogantes.

—Bueno, yo creo que exageran ustedes —dijo Keystone—. Probablemente no vamos a encontrar allá abajo otra cosa que polvo y ruinas. Debe de hacer miles de años que el último marciano expiró en si despoblada ciudad.

—¿Cree que el ascensor seguiría funcionando al cabo de tanto tiempo si alguien no se ocupara de su entretenimiento? —preguntó O'Neill.

—¿Por qué no? —contestó Keystone.

El ingeniero iba a responder, pero el profesor Litovsk se le anticipó diciendo:

—¿Por qué discuten ahora? No vale la pena perder tiempo en hacer conjeturas cuando es tan fácil bajar y ver lo que hay de fijo.

—Sí, vamos —dijo Tassone.

Y con paso ligeramente vacilante entró el primero en el ascensor.

Cuando todos estuvieron dentro, O'Neill se subió sobre el estribo que formaban dos de sus ayudantes con las manos cogidas y apretó uno de los dos únicos botones que se veían cerca de la puerta.

No ocurrió nada.

O'Neill oprimió entonces el segundo botón. La puerta se cerró rápida y silenciosamente.

—Comprendido —murmuró el ingeniero. Y apretó de nuevo el primer

botón. Esta vez, el ascensor se puso en movimiento empezando a bajar con creciente velocidad.

CAPÍTULO V

Los expedicionarios guardaban profundo silencio. En cada hombre la sensación de que penetraban en un mundo misterioso y desconocido hacíase más intensa a medida que transcurrían los segundos.

Esperaban en silencio porque en aquellas circunstancias era inútil hacer conjeturas acerca de lo que les aguardaba al término de su viaje. Su fantasía no acertaba a imaginar como serían las ciudades de unos seres cuya civilización debía encontrarse en un avanzado período de decadencia cuando los grandes dinosaurios terrestres, de una inteligencia estúpida, paseaban sus monstruosas siluetas por los intrincados bosques de helechos que millones de años más tarde encontraría el Hombre en forma de yacimientos de hulla.

El ascensor, sin duda alguna, había sido construido para una raza de gigantes. Los 45 terrícolas cabían holgadamente en los 100 metros cuadrados de la superficie del piso, y por encima de sus cabezas quedaba todavía un espacio libre de más de ocho metros hasta el techo en forma de cúpula.

El viaje no fue muy largo. Los terrícolas empezaron a sentir los efectos de las fuerzas G o gravitatorias cuando la máquina comenzó a frenar.

Unos instantes después el ascensor se detenía con suavidad.

A través de los frentes de cristal de sus escafandras los expedicionarios se miraron unos a otros un sí no es asustados e impacientes.

—Bueno —murmuró el ingeniero O'Neill— ¿Abrimos o no? El profesor Tassone carraspeó y dijo:

—Recuerden esto. Si por ventura nos tropezamos con algún ser vivo no deben dar nuestras de temor hi hostilidad. Nada de tiros ¿comprenden?

Todos asintieron con mudos movimientos de cabeza. El profesor ordenó:

—Abra usted, O'Neill.

El ingeniero volvió a encaramarse con el apoyo de sus ayudantes hasta el botón. La puerta se abrió silenciosamente. Lo primero que vieron los expedicionarios fue una altísima verja de malla de acero similar a la de arriba, y a través de esta malla una sala gigantesca de forma circular, que estaba alumbrada con la misma luz blanca y sin sombras del túnel superior.

Frente por frente a la del ascensor se veía otra puerta de una sola hoja, cerrada, alta como de 12 metros y ancha como para que pudieran pasar por ella tres automóviles de frente.

La sala estaba completamente vacía, a excepción de dos grandes angarillas que descansaban sobre sus cortas patas provistas de ruedecillas arrimadas a una de las paredes.

También se veía un estante situado a cierta altura, a un lado de la puerta. Y bajo el estante una espita de forma particular provista de una llave de cierre.

Con paso cauteloso, los terrícolas abandonaron el ascensor y se detuvieron en mitad de la enorme cripta.

—O mucho me equivoco estamos en un depósito de cadáveres —dijo Welby.

—¡Vaya una ocurrencia! —exclamó Miroslava Michailov— ¿Por qué crees eso?

—¿Acaso este ascensor no tiene otra salida que a un cementerio? Esos pares de angarillas deben haber viajado más de una vez en el ascensor llevando difuntos hasta el túnel por donde nosotros entramos. Por la cornisa que yo les señalé, en otros tiempos completa, los porteadores debían bajar hasta el cementerio.

—Pues debe hacer bastante tiempo que no se sacan cadáveres por este ascensor —dijo sir Harold—. Aquella cornisa no se derrumbó ayer ni hace probablemente un siglo.

—Y eso que hay en el estante, ¿qué es? —preguntó Miroslava.

Uno de los jóvenes ayudantes de Astronomía trepó sobre las espaldas de otro de sus compañeros y sacó del estante un aparato de metal y caucho que si no era un pulmón artificial se parecía mucho a él.

—Es un pulmón artificial como los que usan nuestros hombre rana allá en la Tierra —aseguró O’Neill examinándolo.

El aparato estaba estropeado. El gran tubo de goma que iba de la bolsa a la enorme mascarilla se apreciaba roto y como podrido.

—Hay más aquí arriba —anunció el joven que estaba encaramado sobre los hombros de su compañero.

—Déjelas —dijo O'Neill—. Hace siglos que no se han utilizado y deben estar todas estropeadas. En cambio podría probar a abrir esa espita. Si hay aquí mascarillas de oxígeno, no es remota la posibilidad de que ese grifo sirviera para llenar de oxígeno las bolsas de estos aparatos. —Así que también los marcianos necesitaban inhalar oxígeno cuando salían alexterior —indicó Welby señalando la mascarilla.

—¡Claro! —exclamó Keystone—. ¿No supondrá que ningún ser humano puede vivir a expensas de la insignificante proporción de oxígeno que contiene la atmósfera de Marte, verdad?

—No es eso lo que he querido decir. Sólo quería señalar el dato de que los marcianos deben haber sobrevivido quizás millones de años al agotamiento del oxígeno de su atmósfera. Han estado utilizando mascarillas cada vez que salían al exterior, lo cual indica que vivían todavía cuando ya la atmósfera de Marte era tan pobre en oxígeno como lo es ahora.

—¡Eh, señor O'Neill! —gritó el ayudante de astrónomos—. He conseguido abrir la espita. Sale por ella un fuerte chorro de aire.

—¡Oxígeno! —exclamó el coronel Whitted—.

¡Estamos salvados!

Los expedicionarios sintieron una agradable sensación de alivio. Algo era contar con una fuente de oxígeno.

—¡Con tal que proceda de un depósito muy grande y repleto! —exclamó Keystone con acento que implicaba serias dudas.

Y el coronel contestó:

—No hay razón para suponer que la fuente de donde procede este oxígeno es menos duradera que la luz que sigue brillando al cabo de tantos siglos. Si ahora fuéramos inteligentes nos contentaríamos con el hallazgo y no seguiríamos más allá de esa puerta.

—¡Ah, la puerta! —exclamó el profesor Tassone— Vamos a abrirla.

—Si sabía yo que no éramos inteligentes! —exclamó Whitted.

—¡Pero hombre! —dijo Keystone riendo— ¿Nos cree usted capaces de estar al otro lado de una puerta, que sin duda conduce a un mundo fascinante, y no abrirla?

—Nunca acabaré de comprenderles —suspiró el coronel mientras los miembros más jóvenes de la expedición forcejeaban con el tirador de la puerta misteriosa.

Pero ya nadie escuchaba al coronel. Ahora, toda la atención de los expedicionarios estaba fija en aquella puerta obsesionante. Los que iban armados empuñaron su arma nerviosamente.

Cuando el fin la puerta se abrió, los expedicionarios divisaron un ancho pasillo iluminado con la misma luz clara y caliente que alumbraba la cripta y el ascensor.

Con paso vacilante, como quienes se adentran en un mundo misterioso y desconocido, los terrícolas cruzaron bajo el dintel en apretado y temeroso grupo. Pero nada sorprendente se ofreció a la vista de los intrusos. El pasillo, de proporciones parecidas al túnel del acantilado, formaba una pronunciada rampa hacía un portalón de tenía la curiosa propiedad de ser más estrecho de abajo que de arriba.

—¡Adelante... Adelante! —animó el profesor Keystone avanzando resueltamente por el iluminado corredor.

El grupo pasó bajo el dintel del portal y se detuvo.

El terrícola, allá en su planeta, había levantado ciudades magníficas al aire libre, pero sus creaciones más portentosas edificadas sobre el suelo eran miserables obras de un gusto bárbaro comparadas con la inmensidad, la belleza y la elegancia de la ciudad que los marcianos habían horadado en el granito de su planeta.

La fantasía de los exploradores terrícolas acababa de fracasar, impotente para adivinar como sería el reducto donde una raza de seres inteligentes, desalojados de la superficie del suelo por la inclemencia del clima de su planeta, se había refugiado para proseguir durante milenios una existencia en donde el ingenio suplía las deficiencias de una naturaleza hostil.

Allí, las grises pupilas de Arthur Welby se dilataban de estupefacción ante el cuadro que ofrecía una avenida de un kilómetro de anchura, y que, sin embargo, parecía angosta brecha que la encajonaban...

¿Pero era edificios en realidad?

No se trataban en verdad de fincas aisladas, sino de viviendas horadadas en las pétreas paredes de aquel fabuloso cañón subterráneo, con hileras interminables de portales, filas interminables de ventanas, rosarios sin fin de focos eléctricos que brillaban en las alturas de vértigo con una luz fantástica, que no producía sombras.

El brillante asfalto de la calle, que en aquellos momentos se veía húmedo y como recién lavado por la lluvia, tenía en el centro y a todo lo largo de la avenida una ancha faja de enmarañado bosque, en donde destacaban por su prodigiosa corpulencia árboles gigantescos con hojas de lustroso color morado, que competían en altura y frondosidad con los más grandes sequoias californianos de la Tierra.

De otro lado, ninguna mentalidad terrestre hubiera sido capaz de concebir la extraña arquitectura de la ciudad. Esta no constaba de varios cuerpos de edificios, sino de una sola y gigantesca vivienda con apartamentos para varios miles de habitantes horadados en la roca firme.

Desde la calzada, echando violentamente atrás la cabeza, los terrícolas podían ver las paredes de aquel fantástico desfiladero subterráneo acercándose unas a otras a medida que su altura se elevaba. Esto es; que las fachadas no eran verticales, sino voladizas sobre la calle. El terrícola, acostumbrado a la verticalidad de sus ciudades, sentíase extraño a esta arquitectura experimentando una vaga sensación de inquietud a la vista de aquellos planos inclinados que sólo un milagro parecía sostener en equilibrio sobre su cabeza.

Pero contrariamente a lo que debía esperarse, estos muros voladizos con sus millares de ventanas sobre la calzada, no inspiraban ninguna sensación de agobio.

Todo era allí tan grande, tan inmenso, que la criatura humana sentíase pequeña, microscópica e insignificante ante la magnitud de unas medidas extrañas para el terrícola.

El enano hijo de la Tierra estaba en una ciudad de gigantes. Allí todo tenía dimensiones triples que en las ciudades terrestres: ventanas grandes como portales; portales como entradas de hangares; arbustos como árboles; árboles como rascacielos y rascacielos que ni en forma ni en estilo ni en altura tenían semejanza con nada de cuanto existía en al Tierra.

Allí, el más gigantesco de los aeroplanos de bombardeo

norteamericanos hubiera podido volar a través del espacio encerrado entre las paredes y el techo de la gruta. Con algunos metros de agua, el mayor de los portaviones hubiera podido navegar y maniobrar por este inmenso canal subterráneo…

Pero quizás lo más extraordinario e irreal de todo fuera el silencio que allí reinaba.

Ni un vehículo en las limpias calzadas, ni un ser humano moviéndose por las aceras, ni una luz en los millares de ventanas que taladraban los ciclópeos muros.

Una tenue neblina, formada por el vapor de agua que se levantaba de calles y jardines, difuminaba el final de la grandiosa avenida. Una suave brisa mecía las grandes hojas de los árboles, pero ni un ruido venía a quebrar aquel silencio profundo, impresionante, terso y frágil como el mismo cristal.

La admirada voz de la señorita Miroslava Michailov fue la primera en romper el mutismo extasiado de los expedicionarios.

—Pero… pero… ¡esto es fantástico… maravilloso!

Si, era maravilloso. Una majestad sutil trasudaba de aquella obra de titanes, extraña, atrevida y elegante a la vez.

—¡Y pensar que tengo un título de ingeniero! —exclamó monsieur Durand con acento de amargura—. Las obras más grandes que nosotros hemos construido en la Tierra son juego de niños al lado de todo esto. ¡Qué imaginación, qué audacia y qué belleza! Nunca podré comprender cómo pudieron hacerlo. —¿Se refiere a la excavación? —preguntó Welby, quien no se cansaba de mirar a su alrededor con curiosidad.

—Sí. Me gustaría haber estado aquí cuando los obreros marcianos se dedicaban a excavar. Porque esto no pudieron hacerlo con las herramientas que nosotros conocemos.

—Tal vez esta obra no haya exigido a los marcianos mayores esfuerzos que a nosotros la apertura del Canal de Panamá —insinuó sir Harold Stanley—. Si medimos la magnitud de una obra por el esfuerzo a ella aplicado, es posible que tenga más importancia la construcción del Canal de Panamá con nuestros pobres medios, que la excavación de esta ciudad para los medios de que disponen los marcianos.

—La verdad es que los terrícolas andamos bastante atrasados en cuanto a la técnica de las construcciones subterráneas —dijo Welby—.

Pero los marcianos, de una inteligencia superior a la nuestra y con una experiencia que data de milenios, pueden haber descubierto la forma de pulverizar la roca. Quizás la desintegren. No hay ninguna razón para que los átomos de la roca no puedan ser escindidos como nosotros escindimos ahora el uranio en las bombas atómicas.

—Por fuerza han de tener un sistema rápido de convertir la peña en polvo o en humo —aseguró Durand—. De otro modo la construcción de estos subterráneos hubiera llevado a los marcianos siglos enteros de duro trabajo.

Los hombres callaron, abrumados por las imágenes de su propia fantasía.

—Y no se ve a nadie —murmuró una voz a través de los auriculares de toda la expedición—. ¿Estará desierta esta ciudad?

—Quizás fuera lo mejor para nosotros —refunfuño el coronel Whitted —. Dudo que los marcianos nos dejaran escapar con vida, mientras que lo que buscábamos y más nos interesa ya lo hemos encontrado. Aquí hay oxígeno, y también agua a lo que parece. Miren el suelo; está mojado, como si hubiera llovido.

—Sí —dijo el profesor Keystone—. Los marcianos deben tener algún sistema de irrigación artificial, tanto para humedecer el ambiente con el vapor de agua como para regar los jardines y mantener limpias las calles…

—En efecto —dijo Welby—. El agua del suelo se está evaporando. Debe hacer bastante calor aquí dentro. ¿No lo notan?

Los expedicionarios, en efecto, notaban que estaban empezando a sudar dentro de sus gruesos trajes acolchados y calefactados.

—Los marcianos saben rodearse de comodidades —rió O’Neill cortando la corriente que calentaba interiormente su traje de astronauta—. ¡Hasta aire acondicionado! —Es una lástima que no pensáramos en traer con nosotros nuestros instrumentos de investigación —dijo el profesor Hubbard imitando a O’Neill y quitando la corriente que calentaba su traje—. Apuesto a que hay aquí abajo bastante oxígeno para que podamos respirar sin necesidad de escafandras.

—Pues yo le aconsejo que no haga la prueba —medio aquí el profesor Tassone—. Esas fajas de bosque, con toda evidencia, han sido puestas aquí para que fabriquen oxígeno. Sin embargo. El oxígeno y la presión

atmosférica de este medio ambiente deben ser todavía insuficientes para garantizar nuestra salud, aproximadamente iguales a la presión atmosférica reinante en la cumbre del Everest,. Eso debe bastar a los marcianos, pero no a nosotros.

—Bueno —dijo el profesor Litovsk—, ¿les parece bien que demos un paseo por la ciudad en busca de habitantes?

Y el coronel Whitted refunfuñó:

—No comprendo ese interés en encontrar a nadie. Un disgusto de los gordos es lo único que cabe esperar de un encuentro nuestro con los marcianos.

Pero el coronel no compartía los gustos y aficiones de la mayoría de sus compañeros. Para Whitted era suficiente haber encontrado oxígeno y, mejor aún, agua de donde era fácil extraer oxígeno. También se veían allí grandes árboles y multitud de plantas exóticas, algunas de las cuales darían quizás frutos comestibles.

Pero la plana mayor científica de la expedición parecía haberse olvidado de todo. La curiosidad ponía cosquilleos de impaciencia en las plantas de sus pies.

Echaron a andar por el centro de la calzada e insensiblemente fueron acercándose a la faja de bosque que partía en dos calzadas simétricas la grandiosa avenida.

El bosque mostraba señales evidentes de no haber sido cuidado en muchísimo tiempo. Plantas parásitas, lianas y arbustos reñían allí una lucha a brazo partido por la supervivencia y habían acabado por convertir lo que fueron sin duda hermosos jardines en una versión marciana de las selvas ecuatoriales terrestres.

Por espacio de una hora los terrícolas anduvieron a lo largo de la avenida, siempre con la esperanza de ver alguna luz en cualquiera de los millares de ventanas que iban dejando atrás.

Al cabo de este tiempo habían recorrido cinco kilómetros sin que se divisara el fin de aquel interminable túnel.

Para entonces los científicos habían llegado a una serie de atrevidas deducciones, inspiradas en lo que veían y afianzadas por sus conocimientos científicos. Los sabios estaban ahora convencidos de que los grandes focos que colgaban del techo emitían toda la intrincada gama de radiaciones que componían la luz artificial o luz solar.

Bajo la acción vigorizante de estas radiaciones, entre las que se incluían las ondas infrarrojas o rayos calóricos, las plantas de clorofila morada y verde se desarrollaban en una atmósfera de invernadero.

Así como en el Tierra las plantas regeneraban el oxígeno de la atmósfera, las zonas verdes de la cuidad subterránea absorbían al anhídrido carbónico de la atmósfera y traspiraban oxígeno.

—Los marcianos —aseguró el profesor Tassone —no han tenido la necesidad de extraer el oxígeno de su suelo por procedimientos químicos, ni fabricarlo por el proceso de fotosíntesis al igual que hacen las plantas, lo cual debe ser otro sistema complicado y costoso. Ellos han resuelto su problema como nosotros ideamos en un principio resolver el problema de la respiración a bordo de nuestras astronaves. Pero así como desistimos de llevar plantas verdes a bordo de nuestras astronaves porque ellas hubieran ocupado demasiado espacio, los marcianos adoptaron el sistema en su ciudad. Este sistema no sólo es el más sencillo de todos, sino que ha servido al mismo tiempo para embellecer sus ciudades y ofrecer lugares de esparcimiento a sus habitantes.

—El sistema es muy sencillo en efecto —dijo Litovsk—. Sin embargo, no debe haber sido juego de niños inventar esas lámparas de luz solar.

Así hablando, los terrícolas iban dejando atrás portales y más portales. Al cabo de un buen rato divisaron lo que parecía el fin de la avenida. Fin de la avenida, aunque no de la ciudad. El gigantesca túnel desembocaba bruscamente en una plaza enorme, al lado de la cual quedaban empequeñecidas las de San Pedro, en Roma, y la Plaza Roja de Moscú.

Los expedicionarios se detuvieron, abrumados ante la grandeza de aquellos espacios inmensos robados a la roca firma del planeta. La plaza, cuyo fin se divisaba semivelado por la neblina que se levantaba de un bosque situado en el centro, debía medir quizás 4 o 5 kilómetros de anchura. El techo, en forma de bóveda, era también aquí más alto.

Pero lo más extraordinario de la plaza, a juicio de los terrícolas, era que algunas de las ventanas bajas de la pared próxima estaban ¡ILUMINADAS!

CAPÍTULO VI

De sorpresa en sorpresa, de emoción en emoción, los terrícolas habían llegado el punto en que bastaba dar algunos centenares de pasos para despejar la incógnita que de antiguo pesaba sobre el enigmático Marte.

¿Estaba o no estaba habitado el planeta?

—Puede que el último marciano expirara hace siglos dejándose encendidas las luces de su casa —insinuó Miroslava Michailov.

—Yo me preguntó. ¿Por qué había de extinguirse una raza de hombres que logró sobrevivir al propio planeta donde habitó? —dijo el profesor Jimmu.

Y el profesor Tassone contestó:

—Hay varias razones para que las razas se extingan, y una de ellas es la gradual degeneración de la especie. En el cado concreto de los marcianos, el agotamiento de su planeta debió forzarles a introducir grandes cambios en sus organismos, debido entre otras causas a cambio de alimentación. De cualquier forma que haya sido, tenemos la evidencia de que esta ciudad se ha ido despoblando en el transcurso de las edades. Fue construida para albergar quizás varios millones de habitantes… y vean ustedes. Las únicas señales de vida nos llegan de esas ventanas iluminadas, donde de otro lado, también es posible que no encontremos a nadie.

—Yo no me acercaría para comprobarlo —gruñó el coronel Whitted.

Pero los científicos no escucharon al coronel. Estaban ya andando hacia aquel edificio cuyas ventanas iluminadas les atraían como un fanal atrae a las fascinadas mariposas durante la noche.

Aquella vivienda, según los terrícolas pudieron comprobar, formaba parte de la esquina de una segunda avenida que también venía a desembocar en la plaza.

Mientras cruzaban un sector de la plaza para alcanzarla en línea recta, empezó a llover. Millones de chorritos de agua cayeron desde las alturas del techo sobre las escafandras y los hombros de los expedicionarios, se estrellaron contra el suelo y formaron arroyuelos que corrían hacia los desagües de las alcantarillas.

Hacía un año que Arthur Welby no veía llover y este fenómeno meteorológico que allá en la Tierra la había irritado más de cien veces, lo echaba mucho en falta desde que aterrizaron en el aterido y reseco planeta Marte. Así que abrió el micrófono exterior de su

escafandra con la esperanza de escuchar el rumor de la lluvia.

Sus esperanzas se vieron cumplidas. Podía oír el rumor de la lluvia de una forma similar al ruido apagado con que la había escuchado muchas veces desde la cama, allá en aquel confortable ¡ay! y lejano apartamento de Nueva York.

—¿Saben que puedo oír el ruido de la lluvia? —indicó a sus compañeros. Todos conectaron sus micrófonos exteriores, escuchando con júbilo aquel rumor tan agradable.

—Apuesto a que si gritáramos un poco podríamos oírnos unos a otros a través de los altavoces exteriores —dijo el profesor Keystone—. La densidad del aire es aquí suficiente para transmitir los sonidos.

En general, el diluvio alegró a los miembros de la expedición. Algo era tener la seguridad de que podrían disponer de grandes cantidades de agua para asegurarse el oxígeno hasta la problemática llegada de la expedición de socorro que, creían ellos, debía estar preparándose allá en la Tierra.

Llovió torrencialmente por espacio de 15 minutos. Luego, el diluvio cesó tan bruscamente como había comenzado. Unos instantes después los 45 terrícolas de detenían ante el gigantesco portal iluminado.

Instintivamente, los que iban armados crisparon sus manos alrededor de las gargantas y culatas de rifles y pistolas.

—Guarden esas armas —dijo el profesor Tassone con cierta aspereza —.

¿Qué pensarían ustedes si estando tranquilamente en sus casas vieran entrar un grupo de enanos esgrimiendo pistolas y ametralladoras? Tengan presente que la simple vista de esas armas puede inspirar en los marcianos un instintivo recelo hacia nosotros.

Las pistolas volvieron lentamente a sus fundas y los rifles y ametralladoras colgaron de los hombros de sus portadores.

—Bien —dijo Tassone después de mirar a sus hombres como un general que pasa revista a sus tropas—. Entremos.

El grupo cruzó bajo el dintel con paso tardo y vacilante.

La estancia en donde entraron, de las dimensiones de un hangar para zeppelines gigantes, tenía el inconfundible aspecto de un hall. No se veía mueble alguno. El piso y las paredes eran completamente lisos y

carecían de adornos.

Dos de cada lado veían unas puertas igualmente gigantescas, todas ellas abiertas. Al fondo, se apreciaban unas suntuosas escalinatas, cada escalón de las cuales vendrían a medir 60 centímetros de altura, y dos a cada lado de estas escalinatas habían unos ascensores enormes, muy parecidos al que los terrícolas utilizaron para bajar hasta la ciudad.

Pero lo que primero llamó la atención de los intrusos fue una máquina enorme, cubierta de un barniz brillante verde claro, parecida a un proyectil aplastado con una cabina para tripulantes completamente acristalada y provista de parabrisas.

Esta máquina descansaba en el piso sobre dos largos y finos patines. En cierto modo se parecía a un motobote de los que allá en la tierra se utilizaban para realizar competiciones de velocidad sobre agua, sólo que sus proporciones venían a ser como las de una lancha torpedera de las que desplazan un centenar de toneladas y medían 23 metros de eslora por 6’50 metros de manga.

De la máquina podía decirse que se trataba de un vehículo porque eran bien visibles sus portezuelas y porque la forma aerodinámica de su cabina acristalada tenía notables puntos de parentesco con las más modernas carrocerías de los automóviles terrestres.

Pero no tenía ruedas.

El grupo se detuvo apenas traspuso el portal y se quedó mirando a la máquina con el aliento en suspense. Esta era enorme, tan grande como las astronaves que los terrícolas utilizaron para volar desde su planeta al enigmático Marte, pero dadas las colosales dimensiones del hall podría maniobrar en él como un automóvil de la tierra dentro de un garaje espacioso.

—¡Que máquina más rara! —exclamó el comandante Steinbek de las Fuerzas Aéreas norteamericanas, uno de los pilotos de los tres cohetes planeadores que aterrizaron en Marte llevando a la expedición. Le hace falta el rotor para tratarse de un helicóptero, y dudo que se trate de un trineo aunque lleva patines.

—Olvídese ahora del aparato —dijo el profesor Tassone—. Vamos a ver qué hay en esas habitaciones.

El profesor y la plana mayor científica de la expedición avanzaron hacia la primera puerta de la derecha. Los demás vacilaron unos instantes antes de decidirse a seguirles.

La manita enguantada de la profesora Miroslava buscó y apretó instintivamente la mano de Arthur Welby. El doctor le sonrió animosamente a través del frente de cristal de su escafandra. Con el paso retardado, el grupo avanzó sigilosamente hasta el inmenso portal iluminado. La curiosa mirada del terrícola intruso cruzó bajo el dintel y se adentró en una sala inmensa cuyas paredes desde el suelo a los altos del techo, estaban cubiertas de estantes repletos de volúmenes.

La habitación estaba ocupada por largos pupitres de tablero en pendiente, ante los que se alineaban filas de grandes butacas.

Allí, solitario y ocupado una de las sillas, con los codos sobre el tablero y la mandíbula apoyada en los puños, en actitud estudiosa y meditabunda, un ser gigantesco permanecía inmóvil con una quietud de estatua.

Pero no se trataba de una estatua, ni tampoco de un esqueleto como el que los terrícolas descubrieron la noche anterior dentro de una tumba marciana. Esta criatura tenía ojos y una piel cubriendo lo que en el esqueleto era descarnado hueso. Vestía un traje de una sola pieza color azul celeste. No había advertido a los intrusos que le miraban entre espantados y sorprendidos desde la puerta.

—¡Dios mío¡ —exclamó quedamente la voz del profesor Keystone, como temeroso de distraer al gigante—. Entonces… ¡sí existen los marcianos!

Un estremecimiento de frío recorrió la médula del doctor Welby al contemplar a este extraordinario ser. Un poco tarde, sin duda, pensaba como el coronel Whitted que habían llegado demasiado lejos en su audacia y su curiosidad.

Aunque era un investigador por temperamento se arrepintió de sus anteriores impulsos. Ahora hubiera deseado encontrarse lejos de allí, retroceder sin que el gigante llegara a advertir su presencia.

Pero una fuerza invisible le mantenía paralizado y como pegado al suelo, mirando fascinado a esta criatura de otro mundo.

Otros miembros de la expedición, más prudentes o más miedosos quizás, habían empezado a retroceder de espaldas sin quitar ojo del inmóvil gigante. Pero Tassone, Hubbard, Novgorod, Litovsk, sir Harold, Sieversk, Jimmu… toda la plana mayor de la expedición científica y algunos más como Whitted, el comandante Steinbek, la señorita Michailov y el propio Arthur Welby siguieron allí mudos y extáticos, mirando fijamente al marciano.

De pronto, Welby sintió como una extraña comunicación telepática se hubiera establecido entre él y el gigante. Sabía positivamente que el peso de su mirada y la intensidad de su pensamiento gravitaban sobre la nuca del habitante de Marte. Sabía que el marciano iba a volverse como el propio Welby se había vuelto muchas veces en plena calle al sentir sobre él el peso de una mirada. ¡Y el marciano se volvió!

No con brusquedad, si no lenta, pausadamente. Primero levantó la barbilla de entre sus puños. Irguió luego la cabeza, enorme y pelada, y empezó a volverse hacia la puerta.

Los terrícolas hubieran tenido tiempo de huir antes de que los ojos del gigante se clavaron en ellos. Pero no huyeron aunque iniciado la retirada se contuvieron, pensando hacerlo. Hasta los que habían iniciado la retirada se contuvieron, pensando sin duda que una actitud cobarde envalentonaría al marciano.

Los ojos de éste, unos ojos amarillos, grandes y redondos, cayeron sobre los intrusos en una mirada larga, intensa y aguda como una lanza.

Welby apretó nerviosamente la mano de Miroslava. Ni el habitual resuello de la respiración de los hombres se escuchaba a través de los auriculares.

De pronto el marciano se puso en pie, haciendo retroceder la silla con un chirrido que llegó hasta los oídos del doctor Welby a través del tornavoz exterior.

Ver moverse a aquel ser gigantesco, erguir sus siete metros y pico de estatura, fue algo que ya no pudieron resistir los más timoratos expedicionarios. Una veintena de éstos giraron velozmente sobre sus talones y se dieron a la fuga gritando entrecortadamente:

—¡Va a atacar… huyamos, no se queden ahí!

Arthur Welby sintió en las plantas de los pies un cosquilleo que le incitaba a brincar y a huir. Pero la curiosidad pudo más que su temor y se contuvo. Los movimientos del gigante resultaban un tanto torpes para los terrícolas ya que el enorme corpachón estaba privado de cintura.

Ya de pie, marciano y terrícolas se contemplaron de hito en hito. El terrícola no podía adivinar los pensamientos del marciano. No podía imaginarse las sensaciones del gigante, ni sabia leerlas en la expresión de un rostro desconocido.

Lleno de angustia, bañado de sudor frío, Welby se preguntó si el marciano podrían entenderse a ellos.

El profesor Tassone avanzó dos pasos en dirección al gigante y levantó un brazo amistosamente.

—¡Amigos! —gritó estentóreamente a través del amplificador de su escafandra— ¡Somos amigos!

El marciano pestañeó. Siguió inmóvil, pero a distancia. No podía asegurar si más amistosa u hostil, pero sí que había cambiado.

El profesor Tassone avanzó otros tres pasos en dirección al gigante. —¡Vuelva acá, profesor! —gritó el coronel Whitted— ¡Deténgase, maldita sea... no se fíe de ese tipo!

—¡Somos amigos! —volvió a gritar mister Tassone. Welby temió seriamente por la suerte del sabio.

Siguieron uso momentos de tensión. Dos mentalidades poderosas, la del profesor Tassone y la del marciano, se estudiaban mirándose de hito en hito. De pronto, Tassone tuvo una idea. Se arrancó la escafandra de duraluminio y cristal.

—Quisiera Dios que soporte la descompresión y la falta de oxígeno —murmuró Welby en voz baja.

Pero Tassone lo resistió. Respiraba ahora con mayor dificultad, lo que evidenciaba que aun allí la atmósfera de Marte, seguía siendo demasiado sutil para el terrestre, pero siguió derecho y sonriente, mostrando al marciano su rostro bondadoso. El marciano volvió a pestañear. Welby hubiera apostado que la expresión de aquellos ojos era de interés y curiosidad. Se inclinó un poco más hacia el profesor.

“Ahora —pensó Welby—, lo mismo puede ocurrir un desastre que solucionarse todo”.

El profesor Tassone vaciló sobre sus piernas de anciano.

—¡Póngase esta escafandra, profesor! —le gritó Welby.

El sabio negó con la cabeza. Dio otros tres pasos en dirección al gigante y le tendió nerviosamente una mano.

Siguió otra tensa, electrizante pausa. ¿Qué pensaba el marciano? ¿Comprendería el gesto amistoso del profesor Tassone?¿Cómo lo acogería?

Ahora Tassone estaba muy cerca del marciano. Parecía un niño de pocos meses implorando cariño a su papá. La venerable cabeza del anciano sobrepasaba apenas las rodillas del gigante.

De pronto, el marciano alargó su descomunal brazo con la mano extendida. Fue un momento un tanto brusco y torpe, que evidenciaba la falta de costumbre de interpretar aquel ademán como muestra de mistad. Pero en él iba envuelto el reconocimiento tácito que un ser inteligente hacía a otra criatura de inteligencia superior.

Welby ignoraba cuales eran los sentimientos de sus compañeros en aquel instante. De él podía decir que el gesto le emocionó como no le había emocionado el hallazgo de un platillo volante en el desierto de Arizona, ni el momento en que se embarcó en un cohete para surcar los espacios infinitos, ni en la hora histórica en que aterrizó en Marte, ni el instante en que la vítrea pupila de los telescopios trasladados a Marte descubrieron un planeta nuevo y desconocido más allá del Sol.

Un puñado de lágrimas se agolparon en los ojos de Welby enturbiándose la visión en el momento más inoportuno. Quizás pecara de romántico, pero le emocionaba pensar que las criaturas de los mundos vecinos; la Tierra y Marte, acababan de estrechar sus manos en señal de amistad en aquel su primero y sin duda trascendental encuentro.

La mano del marciano, grande y blindada, estrujó la mano pequeña y blanda del sabio terrícola.

En este momento el profesor Tassone se tambaleó víctima de un desvanecimiento. Su mano entre la manaza del gigante soltó la escafandra y se dobló de rodillas.

Welby reaccionó instintivamente como médico dando un salto adelante y corriendo en auxilio del profesor. Entonces el marciano les dio la primera muestra suprema de inteligencia y bondad. Sostuvo con una mano al profesor Tassone, y con la otra recogió la escafandra y se le puso en la cabeza…

No de cualquier forma, sino precisamente de la única forma que debía y podía ponerse.

Arthur Welby, paralizado por la sorpresa, no osó entorpecer la manipulación del marciano. Este depositó suavemente a Tassone en el piso, se arrodillo junto a él y acabó de ajustarle escafandra y tubo de oxígeno.

El resto del grupo había avanzado en pos de Welby y, unos más cerca, otros precavidamente más alejados, rodeaban en semicírculo al marciano.

A través del cristal azul de su escafandra, Welby miró al rostro del gigante cuando éste levantó los ojos. Y entonces un estremecimiento de frío le sacudió la cabeza.

No era un estremecimiento de miedo, ni tampoco de repulsión. Aquel rostro, aunque extraño, no era repulsivo. Lo que impresionó a Welby fue el brillo de su inteligencia que chispeaba en el fondo de aquellas grandes pupilas amarillas.

Entonces el marciano habló.

Entreabrió una boca más bien pequeña, armada de colmillos diminutos y amarillos, y movió los labios pronunciando una serie de sonidos articulados que llegaron perfectamente a oídos de los extranjeros a través de los amplificadores de sus aparatos de radio.

El idioma que hablaba el marciano, naturalmente, era desconocido para el terrestre. Esto, sin embargo, no debió parecerle un muro infranqueable al profesor Hubbard, astrofísico de la Universidad de Chicago. —¿Habla usted? —exclamó. Y añadió—: ¡Magnífico!

El marciano se puso en pie y siguió contemplando a los intrusos desde sus siete metros de estatura. En el suelo, el profesor Tassone comenzaba a dar señales de vida. Y avanzando la cabeza con precaución por detrás de la jamba de la puerta, los que habían huido se asomaban vacilantes y recelosos.

Súbitamente, el gigante giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. Los que allí estaban asomándose sin atreverse a entrar, se apresuraron a escapar a la carrera. Sus temores, sin embargo, eran infundados. El marciano no les persiguió. Se encaminó hacia un enorme mueble situado cerca de la puerta.

—Cuidado —dijo Whitted—. No le pierdan de vista. Quizás vaya a sacar un arma.

Y el profesor Keystone contestó irritado:

—¿Por qué no acaba ya de decir tonterías, coronel Whitted? Ninguna persona que alienta intenciones perversas hacia un individuo le auxilia como ese hombre acaba de hacer con el profesor Tassone. Sin que esto signifique que haya de darse usted por aludido, le diré que una persona es tanto más pacífica y bondadosa cuanto más alto es su

coeficiente de inteligencia.

—Pues sin que esto signifique una alusión, profesor Keystone —repuso el coronel—, le diré que un individuo es tanto más astuto cuanta mayor es su inteligencia.

—¡Basta, basta! —Exclamó el profesor Tassone, que en aquellos momentos se incorporaba ayudado por Welby y la señorita Michailov —. Esto no merece ni siquiera discutirse. El marciano es nuestro amigo. Ha estrechado mi mano... he visto la bondad en sus ojos cuando me miraba... ¿Qué hace ahora?

—Anda rebuscando algo en los cajones de aquel mueble. Parece un fichero —indicó el comandante Steinbek.

Arthur Welby miró en derredor. Aquella inmensa sala era sin duda una biblioteca. Aparte los estantes repletos de tomos con aspecto de cajas metálicas y los pupitres, en los que ya se había fijado al asomarse por primera vez, Welby descubrió cerca de la puerta una gigantesca esfera celeste.

Como las esferas celestes de las escuelas y universidades terrícolas, ésta aparecía montada sobre un trípode. Un globo grande, que irradiaba una extraña fosforescencia, ocupaba el centro de la esfera. Alrededor de este globo, que representaba el Sol, todos los demás planetas del sistema solar giraban sobre aros metálicos que equivalían a sus órbitas respectivas.

Welby se acercó a aquella esfera. La estuvo contemplando unos instantes y llamó al profesor Tassone. No solamente Tassone, sino también los demás astrónomos de la expedición se acercaron expectantes. —Una esfera celeste como las nuestras —dijo el profesor Jimmu.

—No es exactamente como las nuestras. Cuenten los planetas que giran a su alrededor del sol. Hay diez, en vez de nueve que representan nuestras esferas. Mi planeta; es decir, el planeta del cual proceden los platillos volantes, también está representado aquí.

—¿Por qué le sorprende? —preguntó Tassone— Nosotros jamás hemos visto ni veremos ese planeta desde la Tierra porque gira en una órbita idéntica y opuesta a la del mundo. El sol nos lo ocultará siempre. Pero los marcianos, desde su planeta, gozan de una perspectiva diferente y pueden ver simultáneamente a la Tierra y al planeta sosias de la Tierra; es decir, su planeta de usted Welby.

—Atención —dijo el coronel Whitted por radio—. Gargantúa ha tomado un libro del estante y se dirige hacía ustedes.

Así era en efecto. El gigante se acercó a los terrícolas llevando bajo el brazo un tomo no muy grueso, pero de grandes proporciones.

Sin pronunciar palabra, lo que de otro lado hubiera sido inútil, el marciano abrió el libro volvió algunas páginas y lo mostró abierto a los visitantes.

El libro, que vendría a medir un metro de ancho por uno y medio de alto, era el atlas impreso en colores. En la página de la izquierda destacaba una fotografía a gran escala de la Tierra. En la contigua se veía un globo de tamaño idéntico al de la tierra. Representaba un planeta que también tenía océanos, continentes y casquetes polares. Podría pasar por la Tierra, pero no era con toda evidencia.

El gigante tocó a Welby en un hombro y señaló al planeta desconocido. Luego volvió a empujaren el pecho de Welby con el índice de su mano gigantesca y volvió a señalar la fotografía.

—Creo que le está preguntando que si conoce ese mapa —dijo Jimmu.

—Eso me ha parecido entender —contestó Welby. Y haciendo gestos negativos con sus manos y cabeza trató de dar a entender que aquel planeta no era el suyo.

—EL MIO —dijo tocándose en el pecho—. EL MIO ES ESTE, LA TIERRA.

Y señaló a la fotografía de la Tierra.

—¿TIERRA? —repitió el gigante señalando el mapa.

—Sí —repitió Welby a gritos—. NOSOTROS VENIMOS DEL PLANETA TIERRA. “DE ESTE PLANETA”. LA TIERRA.

El marciano dejó el atlas sobre la mesa y se alejó hacia el fondo de la biblioteca.

—Al fin y al cabo —murmuró Hubbard siguiéndole con la mirada—. Él no debió sorprenderse demasiado al vernos. Sabía que existíamos, aunque no esperaba vernos aquí.

—¿Cree que los marcianos pueden ver a los habitantes de la Tierra desde aquí con sus telescopios? —preguntó Miroslava.

Y Hubbard contestó:

—Dudo que sus telescopios sean tan potentes para eso, aunque consigan de la Tierra fotografías que nosotros jamás pudimos hacer a Marte. Pero si no nos habían visto, al menos sabían que debíamos existir. Al mostrarnos el atlas no lo abrió por la página donde seguramente están fotografiados también Venus o Júpiter. No señor. Nos señaló sin vacilaciones a los dos únicos planetas del sistema solar que él sabía puede tener habitantes como nosotros; la Tierra y Welby.

—¿Qué se propondrá hacer ahora? —murmuró Welby— ¡Si pudiéramos entenderle!

—Estoy seguro de que él encontrara la forma de entendernos a nosotros —contestó Tassone.

Los expedicionarios vieron como el gigante tomaba una altísima escalera metálica y trepaba por ella hasta la última fila de estantes.

—Seguramente está buscando algún libro —dijo el coronel Whitted. Y agregó—: Podíamos aprovechar este momento para hacer el cambio de nuestras botellas de oxígeno.

Lo hicieron así. Apenas habían cambiado sus frascos de aluminio vacíos por otros llenos de oxígeno a presión, cuando el marciano regresó trayendo un grueso tomo y una extraña máquina que deposito sobre una silla.

CAPÍTULO VII

La sorpresa que les deparaba la máquina no fue sin embargo de la índole que temían los más suspicaces terrícolas. También en la Tierra se habían ensayado e incluso construido algunos toscos modelos de máquinas traductoras de idiomas.

Pero así como en la Tierra estos estaban pendientes de largo y laborioso desarrollo, la máquina que el marciano puso ante los terrícolas era perfecta en todos los detalles.

El libro que el gigante mostró a sus nuevos amigos había sido impreso sin duda para mentalidades poco desarrolladas; tal vez para niños que hacían sus primeras y balbuceantes armas en la lucha con el idioma del planeta.

No era, ni más ni menos, que una especie de diccionario en donde

cada palabras escritas al pie de las imágenes constituían jeroglíficos cuya misteriosa construcción les hubiera llevado mucho tiempo entender. Pero hasta un niño de cinco años hubiera podido reconocer sin dificultad varios millares del total de dibujos impresos en las páginas del libro, y dictar sus nombres al cerebro electrónico.

Y esto era lo que el marciano esperaba de los terrícolas; que identificaran los dibujos del libro y dictaran sus nombres a la máquina.

—Nada más sencillo, y a la vez más inteligente —dijo el profesor Tassone. E hizo señas al gigante para darle a entender que estaba preparado.

Los primeros dibujos correspondían a las cosas más comunes que el estudiante podía ver a su alrededor; casa, hombre, silla, mesa, puerta, árbol flores etc…

El marciano iba señalando con su enorme dedo índice y el profesor Tassone daba su nombre ante el micrófono de la máquina. A continuación el marciano pronunciaba una palabra, que era sin duda la equivalencia del nombre dado en inglés al idioma marciano. Por este procedimiento tan sencillo, la máquina iba almacenando en su memoria decenas, centenas y millares de palabras que se correspondían en dos idiomas muy distintos.

Quizá lo más notable de este aprendizaje fuera el libro. Un libro que debía ser muy antiguo, pues en él estaban representados seres, animales y plantas que hacía millones de años se habían extinguido en Marte.

Hojeando aquel libro, el terrícola tenía ante sus ojos toda la historia del pasado del planeta moribundo. Casa, árboles, animales, personas y vehículos que habían sido actualmente eran en la Tierra.

—¿Por qué escogería precisamente este libro el marciano? —murmuró el profesor Litovsk.

—Sin duda por que sus grabados correspondientes a una era muy antigua en el pasado de Marte, resultan más familiares a nuestros ojos.

Al cabo de una hora de dictar palabras a la máquina y volver hojas del libro, el profesor empezó a dar señales de fatiga.

—Va siendo hora de pensar en nuestra provisión de oxígeno— le recordó Whitted.

Tassone llamó hacía sí la atención del gigante señalando primero su frasco de oxígeno y luego hacía la puerta.

—TENEMOS QUE VOLVER AL ASCENSOR PARA LLENAR DE OXÍGENO NUESTRAS BOTELLAS —le dijo, aunque sabía que él no entendería sus palabras.

Pero el gigante debió comprender las señas, porque tomando de una brazada el montón de botellas de oxígeno vacías salió con ella al hall.

Los terrícolas le siguieron intrigados hasta la extraña máquina que tanto había llamado su atención cuando entraron la primera vez en el edificio. El marciano abrió una de las portezuelas metálicas y se coló en la cabina.

Algunos terrícolas, entre ellos el ingeniero O'Neill el comandante Steinbek y Arthur Welby, le siguieron llenos de curiosidad asomándose a la cabina. Esta se diferenciaba poco de la carrocería corriente de un automóvil, excepto por la circunstancia de ser tres veces y media más espaciosa, con dos asientos delante y tres atrás. Ante los asientos delanteros se veían algunas palancas y un cuadro de instrumentos.

—¿Será esto una máquina voladora? —murmuró Welby.

—¿Un avión? —dijo Steinbek— No le veo alas.

—¿Y por qué había de tenerlas? —preguntó O'Neill— Los marcianos deben haber resuelto los problemas de la navegación aérea por sistemas muy distintos de los nuestros. —¿Por ejemplo…?

—Las partículas cósmicas tienen una concentración de energía que alcanza la decimosexta potencia de diez electrones voltio, o sea, alrededor de cien mil veces la energía que podría desarrollar la sublimación completa e irrealizable en la práctica de un núcleo de uranio. Si los marcianos han encontrado el medio de utilizar esta torrencial fuente de energía, lo cual han podido conseguir con una técnica que lleva millones de años de desarrollo, les será posible crear campos de fuerza que este aparato puede utilizar realizando maniobras que a nosotros nos parecen prohibidas por nuestras leyes físicas, tales como la pérdida de gravedad.

—¡Ah, bien! —exclamó Steinbek con aires de convencido. Y luego, agitando a un lado y otro su grotesca escafandra añadió—: No he comprendido una sola palabra.

—¿Ha oído usted hablar de los campos magnéticos? —le preguntó el

ingeniero.

—Sí, eso ya me suena algo al oído.

—Pues viene a ser lo mismo. Usted sabe que dos polos magnéticos de igual signo se repelen, mientras que si tienen signos distintos se atraen.

—¡Hombre, eso claro que lo sé —protestó Steinbek.

—Bien. Suponga ahora que la Tierra actúa como un gran imán, y que es posible situar en el casco de una máquina cualquiera otro poderoso imán de signo igual al de la Tierra. Uno y otro se repelerían, y como de los dos el más pequeño sería rechazado por el más voluminoso, aquel que llevara el imán pequeño se elevaría en el espacio quedando convertido en un globo. Póngale usted a esa máquina un sistema de propulsión y tendrá un avión.

—¡Diablo! —exclamó Steinbek— ¿Quiere decir que ese avión flotaría en el aire sin más que llevar un imán de signo igual al de la Tierra?

O'Neill sonrió a través del cristal de su escafandra.

—No es tan sencillo como parece —aseguró—. Ese imán, un electroimán en realidad, necesitaría una corriente eléctrica extraordinariamente potente. Además, falta identificar ese campo magnético artificial para que sea idéntico al de la Tierra. Los marcianos pueden y sin duda lo han descubierto, pero nosotros somos todavía unos ignorantes en lo que se refiere a los campos magnéticos celestes. Sabemos que existen, como sabemos que existen los rayos cósmicos, pero todavía estamos muy lejos de poder utilizarlos como fuente de energía.

Steinbek asintió en silencio, y en la nueva mirada que dirigió al marciano iba envuelta toda su admiración y respeto hacia unas criaturas que podían realizar milagros científicos que en la Tierra sólo se empezaban a sospechar. Mientras tanto, el marciano había abierto una trampilla en el piso del aparato y extraía de ella un tubo de goma que aplico a la espita de una de las botellas de oxígeno.

—¿Se convence ahora de que esta máquina es un avión destinado a volar fuera de la ciudad lo mismo que a través de ella? —preguntó O'Neill a Steinbek—. Los marcianos, como nosotros, necesitan hacer inhalaciones de oxígeno fuera de sus ciudades subterráneas. Por eso han construido sus aviones con cabinas herméticas y llevan a bordo una abundante provisión de oxígeno.

El marciano fue llenando botellas de oxígeno y pasándolas a los terrestres.

—Estoy pensando —dijo Welby— que podíamos utilizar la cabina de este aparato como refugio provisional donde podríamos quitarnos las escafandras y comer.

Tassone aprobó la idea y cuando el gigante volvió a bajar del aparato después de rellenar de oxígeno todas las botellas, se frotó el estómago con la mano para darle a entender que sentía hambre.

El marciano murmuró algunas palabras ininteligibles u les indicó que treparan a la cabina del supuesto avión. Había comprendido y les señalaba el lugar más adecuado donde podrían satisfacer sus necesidades libres de las escafandras.

Los 45 terrícolas se acomodaron en la espaciosa cabina y el marciano cerró las portezuelas. O'Neill fue entonces hasta la espita del oxígeno, la abrió, y todos pudieron quitarse las escafandras. El marciano los miró a través de los cristales y se marchó por uno de los ascensores que había al fondo del grandioso hall.

Mientras devoraban sus cortas raciones, unos encaramados en los altísimos y enormes asientos, otros sentados en la alfombra que cubría el piso de la cabina, los expedicionarios pasaron revista a los últimos acontecimientos.

—Nuestra situación ha mejorado sensiblemente desde esta mañana —aseguró el profesor Tassone—. Espero que lograremos entendernos con el marciano a través de esa máquina traductora.

—¿Pero qué ocurrirá luego? —preguntó el coronel Whitted— ¿Cree que ese tipo será tan amable que nos presente incluso un cohete para que podamos regresar a la Tierra?

—¿Quién sabe? —contestó Tassone— En todo caso podremos vivir aquí hasta que recibamos auxilios de la Tierra.

Los expedicionarios comieron en silencio unos minutos. Luego, Keystone hizo notar:

—No hemos visto a nadie más que a ese gigante. ¿Será él el único habitante de la ciudad? —¡Oh, no tardará usted en ver una chusma de esos Gargantúa! —exclamó el coronel Whitted— Seguro que ha ido a avisar a sus paisanos que tienen visita.

Los terrícolas creían que, si no una chusma como decía el coronel, al

menos más de un marciano sí habitaría en aquel edificio completamente iluminado. Sin embargo, y al menos en apariencia, la expedición no tenía nada que temer del gigante. Este esperó a que todos tuvieran puestas las escafandras para abrir la portezuela y les ofreció un paquete que llevaba bajo el brazo.

El envoltorio contenía cierto número de cajitas de plástico con unas pastillas de aspecto poco atrayente, seguramente vitaminas o alimentos concentrados; unas latas que parecían de carne y algunos tarros de cristal con una masa semisólida de color y aspecto igualmente sospechoso.

Sin duda para tranquilizar a los terrícolas, al mismo tiempo que para darles a entender de qué se trataba, el gigante comió algunas de las pastillas y parte del contenido de uno de los tarros.

—Comida —dijo Tassone. Y el gigante repitió:

—COMIDA, SÍ.

—Vamos haciendo progresos —murmuró Keystone—. ¿Por qué no volvemos a la máquina traductora? Yo le dictaré ahora.

El marciano siguió a sus huéspedes hasta la biblioteca y atendiendo a las señales de Keystone volvió a tomar el diccionario y a poner en marcha la máquina traductora.

Mientras tanto, el resto de la expedición se esparcía por la enorme sala curioseando aquí y allá. De vez en cuando, el marciano se volvía para mirarles. Luego proseguía en su tarea de señalar a Keystone los grabados del libro.

Que se encontraban en una biblioteca marciana era cosa que ya no podía ponerse en duda. Solamente que esta biblioteca no se parecía en nada a las terrestres. Los millares de volúmenes que atestaban los estantes no eran libros, sino grandes cajas en cada una de las cuales se veían cuidadosamente ordenados varios rollos de una cinta metálica de unos 5 milímetros de ancho, delgada como un papel de fumar, que debían medir desarrolladas varios centenares de metros.

—Así serán nuestras bibliotecas del futuro —aseguró sir Harold Stanley—. Cada uno de nuestros voluminosos libros actuales será fotografiado en microfilm y sus páginas podrán leerse luego proyectadas en una pantalla tan grande como se quiera. Ya ha empezado a hacerse con los archivos de muchas grandes empresas comerciales de la Tierra. Durante aquella exploración a través de la

biblioteca, Welby satisfizo al fin su curiosidad subiéndose a la silla que ocupaba el marciano cuando ellos irrumpieron en la sala. Sentía curiosidad por saber qué estaba haciendo el gigante en aquel momento, y al fin lo supo.

El pupitre tenía en su tablero una placa de cristal opaco y a la derecha una fila de botones. Al apretar Welby uno de aquellos botones la pantalla se iluminó interiormente y en ella aparecieron los caracteres de una escritura desconocida que parecían formar la página de algún libro.

—Debe haber uno de esos rollos de película metálica ahí dentro —sugirió O'Neill cuando se subió a la silla llamado por Welby—. Los lectores marcianos no tienen más que sentarse en una silla ante una de estas pantallas e ir apretando botones para que vayan pasando páginas.

En efecto, el pupitre tenía a todo lo largo y a distancias regulares gran número de estas placas de cristal opaco, lo cual parecía indicar que era éste el sistema habitual de lectura en aquella biblioteca.

El profesor Tassone llamó la atención a algunos expedicionarios que, de confianza en confianza y ante la impasibilidad del marciano, se habían dado a abrir y cerrar cajones, a subir y bajar escaleras y a fisgonear por todas partes.

—Dejen eso. Estamos abusando de la amabilidad de nuestro anfitrión.

El grupo volvió a reunirse en torno a Keystone, el marciano y la máquina traductora. Keystone estaba pasando sus apuros para comprender ciertas señas del gigante.

—Hemos terminado con los grabados del libro —explicó el profesor Tassone—. Ahora viene la parte más difícil de cualquier idioma. Los verbos, las preposiciones, los artículos y adjetivos no tienen representación gráfica en ese libro. A ver si entre todos nos entendemos.

Por fortuna para los extranjeros, el marciano poseía una inteligencia aguda, nada común. Era de ver cómo cogía al vuelo las insinuaciones de los terrícolas y conjugaba verbos con extraordinaria rapidez.

—TUS OJOS. MIS OJOS. SUS OJOS —decía Tassone señalando alternativamente los de cada persona.

Y el marciano lo repetía inmediatamente. Cuando los terrícolas aprobaban con grandes muestras de contento, el gigante volvía a

poner su máquina en marcha y le dictaba las conjugaciones.

La tarde transcurrió así rápidamente.

—Me asusta pensar el guirigay que va a salir de ese chisme en cuanto intentemos conversar a través de él —refunfuñaba a cada instante el coronel Whitted. De vez en cuando, dos o tres terrícolas abandonaban la sala para ir al aparato que estaba en el hall y rellenar sus botellas de oxígeno. Algunos, aburridos, se quedaban allí roncando sobre los asientos, grandes como divanes.

En una de estas salidas, Welby y Miroslava se asomaron a las otras tres puertas que daban al vestíbulo comprobando que daban a otras tantas salas enormísimas, también repletas de pupitres de lectura y estanterías llenas de cajas metálicas que contenían millares de rollos de cinta.

No se atrevieron a subir a los pisos altos por la escalera o el ascensor por temor a encontrarse con otros marcianos menos amables que aquel que habían conocido nada más llegar.

Cuando según los relojes terrestres allá en la superficie de Marte empezaba a caer la noche, el marciano dio por terminada la tarea de aquel día poniéndose de pie. Entonces hizo algo extraño. Puso la máquina traductora en marcha, asió el micrófono y pronunció unas palabras en su idioma. Luego, dejó el micrófono y manipuló en el aparato. De éste brotaron las siguientes palabras.

—Vosotros cansados. Comer y dormir. Yo llevar avión aquí. Cerraré puertas. Motor en movimiento fabricará aire, podréis quitaros escafandras, descansar contentos.

—¡Hombre, eso es estupendo! —exclamó Whitted admirado.

—La máquina todavía no sabe conjugar todos los verbos, pero es evidente que con unas cuantas horas más de aprendizaje conseguirá traducir el idioma marciano y el inglés como un experto intérprete —aseguró Tassone muy satisfecho.

Mientras los terrestres comentaban los portentosos adelantos de la máquina, el marciano salió de la biblioteca a grandes zancadas.

—Va a traer el avión aquí —dijo el comandante Steinbek—. ¡Eso no me lo pierdo yo!

Y echó a correr en seguimiento del gigante. Welby y O'Neill se contentaron con seguir los movimientos del marciano desde la puerta

de la biblioteca, pero Steinbek se coló en la cabina son ser notado. Al menos, el gigante no lo echó de allí.

A través de los tornavoces y flotando en el aire con la ligereza de un globo henchido de helio, el aparato entró en la biblioteca. Se detuvo en seco y empezó a bajar hasta que la parte inferior de su casco tocó en los pupitres. El piloto abrió la portezuela y se apeó utilizando un pupitre y una silla como escalones. Señaló el paquete de provisiones que había traído aquel mediodía.

—Comida buena —dijo en inglés, con un acento extraño. Y se frotó la parte correspondiente al estómago para hacer más expresiva la frase. Luego, hizo una inclinación de cabeza, murmuró unas palabras de despedida y salió cerrando las grandes puertas de a sala tras sí.

Al quedar solos en la biblioteca con el avión, los terrestres se miraron unos a otros.

—No me gusta esto de verme encerrado en un lugar desconocido —dijo el coronel.

—Tal vez no os haya encerrado —insinuó Tassone.

Whitted marchó a comprobarlo. El comandante Steinbek, que había estado examinando los mandos de la extraña aeronave, saltó ágilmente a tierra.

—¿Saben lo que estoy pensando? —gritó—: Creo que yo aprendería a pilotar este avión después de algunas maniobras de ensayo. Si encontráramos por donde salir de la ciudad, podríamos servirnos de este aparato para alcanzar el polo de Marte y esperar allí a que llegara la expedición de socorro de la Tierra.

—¿Nos está proponiendo una fuga? —preguntó Welby.

—Pues... sí. ¿Por qué no?

—¿Y por qué sí? —preguntó el profesor Hubbard.

—Francamente, creo que nos hemos metido en un mal paso. Ya hemos saciado nuestra curiosidad. Ya estamos en la ciudad de los marcianos e incluso hemos hablado con uno de ellos. ¿Y ahora, qué? ¿Cómo vamos a salir de aquí? No puedo creer que ese gigante nos permita regresar a la Tierra con todo el bagaje de los conocimientos que hemos adquirido. Sabe que si nos dejara marchar, otra expedición terrícola vendría a Marte atraída por la fama de sus maravillosos aviones, de sus lámparas de luz solar, de la técnica que les permite

excavar ciudades gigantescas en la roca firme y de esta biblioteca donde sin duda hay archivados mil secretos científicos, cada uno de los cuales bastaría para hacer inmensamente poderosa a la nación que los consiguiera. Es triste decirlo, pero los marcianos habrán perdido su tranquilidad en el mismo momento que nos dejen escapar con vida. Y una de dos: o ese gigante es tan tonto que no se da cuenta de ello, lo que no creo, o es tan diabólicamente burlón que se divierte mostrándonos cosas que sabe positivamente jamás podremos denunciar en la Tierra. Y esto último es lo que yo creo.

Lentamente, el profesor Tassone se quitó la escafandra que encerraba su blanca cabeza. En sus ojos había a la vez preocupación y esperanza.

—Quizá estamos pecando de ingratitud al enjuiciar la conducta de nuestro anfitrión —murmuró—. Tal vez no sea ni tonto ni burlón. Podría tratarse sencillamente de un hombre bueno, profundamente sabio y tan seguro de su propia fuerza que no tema a las consecuencias de mostrarse a la vez indiscreto y humanitario con nosotros. Usted dice que los marcianos habrán perdido su tranquilidad a partir del instante en que se conozca su existencia en la Tierra. Yo me pregunto se habrá algo, aparte de lo divino, capaz de intranquilizar a los supervivientes de una civilización tan antiquísima. Si su fuerza creadora es tan potente, ¿por qué ha de ser más débil su fuerza destructora? Ellos no pueden haber sido tan confiados que no previeran alguna vez la posibilidad de ser atacados por habitantes de otros mundos. Y si lógicamente ha sido así… ¡ríase usted de nuestras bombas de hidrógeno! Los marcianos pueden seguir tranquilos en sus ciudades subterráneas. Compadezcamos a los locos que osen venir a arrebatarles por la fuerza lo que ellos no quieran dar de buen grado.

Un silencio profundo, impresionante, siguió a las palabras del profesor Tassone. El coronel Whitted se acercó al grupo y dijo:

—La puerta no está cerrada con llave.

—Lo cual sólo puede significar una de estas dos cosas —dijo el profesor Hubbard quitándose a su vez la escafandra—: O el marciano sabe que no encontraremos por donde salir, o cree que nos encontramos a gusto y no deseamos marcharnos. Ahora bien; si no hay salida alguna es inútil intentar la escapatoria. Y si la hay sería una tontería escapar, porque el marciano no abriga sentimientos perversos hacia nosotros.

La lógica del profesor Hubbard sentó como un calmante a los miembros más inquietos de la expedición. Bien era verdad que continuaban sin saber qué pensaba de ellos el marciano. Pero la

reflexión del profesor Tassone era muy atinada. A los marcianos podía tenerles sin cuidado que los terrícolas conocieran su existencia y los portentos de su civilización.

Así como la imaginación del terrícola resultaba pobre para figurarse cómo serían las ciudades marcianas, tampoco podría sospechar siquiera cuáles serían los tremendos medios de destrucción de aquellos seres que debían estar desintegrando el átomo cuando el terrícola no había aparecido sobre su joven planeta.

CAPÍTULO VIII

Los terrícolas comieron aquella noche las provisiones traídas por el marciano las cuales tenían agradable sabor pese a su desagradable aspecto. Luego, y aunque sentíanse fatigados tras una noche y todo un día de emociones, se dedicaron a curiosear por la biblioteca.

Entre estos impenitentes fisgones figuraban en primera línea los rusos. Ellos fueron quienes descubrieron que las pantallas de lectura de los pupitres, además de proyectar una por una y considerablemente aumentadas las fotografías de las cintas metálicas, podían proyectar también imágenes en movimiento como una máquina de cine corriente. Y no tardaron mucho en averiguar que apretando cierto botón los marcianos no tenían que molestarse en pasar los ojos sobre las hileras de signos. La máquina les leía y hacía pasar las "páginas" automáticamente a medida que las iba leyendo.

Pero fue a un americano, precisamente a Welby, a quien se le ocurrió buscar en el archivo los textos que podían interesarles. ¿Cómo? Allí tenían el diccionario gráfico marciano. Cada dibujo tenía también su representación escrita. Si podían encontrar en el archivo una palabra igual a la del pie del dibujo de una casa, probablemente darían con la caja donde se guardaban los rollos relativos a las casas.

Esta rebusca prometía ser laboriosa, pero existían probabilidades de acertar al menos alguna vez. Y acertaron. Sólo que en vez de buscar la palabra casa eligieron otra de más palpitante actualidad, sobre todo teniendo en cuenta que aspiraban a regresar a la Tierra. El tema escogido fue Aviación.

Los marcianos habían iniciado su era aeronáutica sobre poco más o menos como los terrícolas. Habían en el libro varios grabados de aeroplanos marcianos que lo mismo podían haberse construido en la

Tierra.

Apuntando signo por signo aquella palabra en varios papeles, los expedicionarios se dieron a buscar en el copioso archivo. Este estaba ordenado alfabéticamente con toda seguridad, pero dada la ignorancia supina de los fisgones acerca del lenguaje marciano, no resultó tarea fácil encontrar una palabra que correspondiera, signo por signo, a la que habían copiado del libro.

Luego tampoco resultó tarea fácil dar con la caja metálica entre millares de recipientes iguales. Más de la mitad de la expedición había desistido de la búsqueda y estaba durmiendo en el suelo, cuando el comandante Steinbek mostró triunfalmente la caja tan buscada.

No fue muy difícil ajustar el primer rollo a una de las pantallas de lectura. Las imágenes empezaron a moverse y los terrícolas, amontonados sobre la pantalla, vieron desfilar retrospectivamente toda la historia de la aeronáutica marciana desde los primeros y toscos aeroplanos hasta los aviones cohete.

A partir de aquí empezó a ponerse interesante la película. Cambiando rollo tras rollo a medida que se acababan, los expedicionarios vieron y oyeron despegar el primer proyectil cohete interplanetario. Luego, de repente, aparecía el primer modelo del avión flotante, Las aeronaves perdían sus alas y la aerodinámica parecía abandonarse cadi por completo. Aquellas máquinas que se elevaban y aterrizaban verticalmente no necesitaban alas ni fuselajes cuidadosamente estudiados para volar por encima de la estratosfera.

Este film, que hubiera hecho la felicidad de cualquier agente de información, estaba ampliamente documentado con planos y explicaciones verbales, de las que los espectadores no entendían palabra.

Simultáneamente con la historia de la Aviación desfilaba a retazos la historia de la civilización marciana. La película trataba sólo de aviones, pero las cámaras que en distintas épocas impresionaron el film captaron también escenas ocasionales del desenvolvimiento cultural e industrial de los marcianos.

A medida que los aviones se perfeccionaban, las gentes cambiaban en la forma de vestir. Los edificios retratados junto con los aviones se hacían más altos, más elegantes y mayores. La Aviación marciana, hasta el advenimiento de los aparatos flotantes, había evolucionado bastante aprisa. No se notaban cambios apreciables en la constitución de los marcianos, que eran unos gigantes más bien velludos casi

idénticos al habitante de la Tierra.

Con el invento de las aeronaves flotantes parecía terminar la historia de la aeronáutica marciana. A partir de aquí los aparatos voladores recibieron escasas modificaciones. Se hicieron más grandes.

En un sólo rollo los terrícolas vieron cambiar de configuración a los marcianos. Su tórax se ensanchaba, la cintura desaparecía, aumentaba el vello de sus cuerpos. Las plantas que aparecían fotografiadas con los aviones posados en tierra daban muestras de raquitismo. Marte estaba perdiendo su atmósfera. Poco después, en otro rollo, los terrícolas veían despegar una gigantesca aeronave desde un aeródromo subterráneo. Las ciudades soterradas habían nacido.

Ya hacia el final del film aparecía una escena tomada en el interior de una ciudad subterránea. Pequeños y rápidos aviones iguales al que ahora estaba en la biblioteca se deslizaban suavemente por los inmensos espacios de los túneles. Se les veía en todas partes, a modo de los automóviles en las ciudades de la Tierra. Se elevaban hasta los pisos más altos y se colaban en las casas por ciertas ventanas algo más grandes que las demás. Cada familia marciana debía tener su propio aerobote en su apartamento.

Finalmente se veía una colosal astronave en forma de cohete preparándose para despegar desde la superficie de Marte. Un gentío inmenso presenciaba la salida del cohete. Todos llevaban máscaras para inhalar oxígeno. Subía mucha gente al aparato. Parecía tratarse de un largo viaje interplanetario, quizás de una emigración a otro mundo enormemente lejano… El film terminaba allí. La proyección de la película había durado 5 horas.

Cansados, con los ojos enrojecidos por el sueño y profundamente impresionados por cuanto acababan de ver, los terrícolas fueron a echarse en el suelo sobre sus trajes acolchados. Solamente quedaron ante la pantalla, volviendo a pasar la última parte de la cinta, los comandantes pilotos Steinbek y Jones, ambos americanos, y un ingeniero proyectista aeronáutico ruso llamado Vladimir. Al parecer querían repasar hasta aprender de memoria la escena en que un piloto marciano ponía en marcha uno de aquellos enormes aparatos flotadores.

—Tal vez tengamos que tripular nosotros uno algún día —dijo Steinbek. Arthur Welby se durmió apretando entre su mano la manita de Miroslava Michailov. Despertaron sintiendo un extraño vacío en los pulmones. Era que el gigante marciano acababa de abrir la puerta, la cual cerró enseguida a sus espaldas.

Los terrícolas, todavía soñolientos, fueron poniéndose de pie aquí y allá. El gigante esperó pacientemente hasta que todos se hubieron levantado.

—Comer ahora —les dijo el marciano. Y les estuvo observando con aquella su mirada serena e imperturbable mientras desayunaban. Luego les indicó por señas que se pusieran las escafandras y le siguieran.

Ya con las escafandras puestas, los expedicionarios le siguieron hasta el monumental hall. Allí vieron detenida, montada sobre cuatro grandes llantas de caucho, una extraña plataforma de unos 10 metros de largo por 5 de ancho sobre la cual descansaban tres moles metálicas, tres grandes maquinarias de aspecto vagamente familiar para los terrícolas. La mañana resultó muy entretenida a causa de aquellas máquinas. Por señas y ayudándose con las pocas palabras de inglés que conocía, el gigante requirió su ayuda para trasladar la maquinaria a uno de los ascensores del fondo del hall.

Las máquinas, pese a su aspecto imponente, no resultaron tan pesadas como era de esperar. No sólo por estar construidas de metal ligero, sino debido a la menor fuerza de gravedad de Marte.

Juntamente con la maquinaria, los terrícolas y el marciano subieron varios pisos hasta que el ascensor se detuvo. Entonces sacaron las máquinas del ascensor y las metieron a rastras en un apartamento enorme, parco en decoración y amueblado a estilo que allá en la Tierra se hubiera tildado de futurista, pero que aquí estaba muy en el ambiente de la fantástica arquitectura marciana.

Los expedicionarios reconocieron la naturaleza de las máquinas que tanto les intrigaban cuando el gigante empezó a instalarlas ante sendas ventanas, practicando un agujero en la lámina de cristal maleable que cerraba el hueco para introducir por él un tubo que iba a parar a las entrañas de… un compresor.

Así, pues, la idea del marciano estaba clara. Con tres compresores de aquel tamaño aspirando el aire de la calle e introduciéndolo en el apartamento. Los terrícolas iban a tener quizás más oxígeno y presión de la que necesitaban para sentirse a sus anchas.

—Todo esto está muy bien. Al fin podremos quitarnos estos malditos trajes —refunfuñó el coronel Whitted—. Lo malo es que con estas disposiciones, el amigo Gargantúa nos indica que no piensa soltarnos por ahora.

Todo el día se pasó en la instalación de los compresores. Pero aquella noche, cuando los compresores empezaron a trepidar, los expedicionarios celebraron la idea de su anfitrión. El pistoneo de las máquinas no era tan ruidoso que no pudiera soportarse, y con el aire inyectado a presión pudieron todos desembarazarse de sus trajes y escafandras.

Los terrícolas todavía tuvieron que trabajar un poco arreglando las colosales camas traídas desde otras habitaciones contiguas. Se trataba de unas camas endiabladamente duras, pero esta rigidez pudo remediarse en parte amontonando sobre las plataformas de cristal buen número de ropas que les proporcionó Gargantúa.

A la mañana siguiente el anfitrión subió la máquina traductora y se reanudaron las clases. Para aquella noche la máquina ya estaba en condiciones de mediar inteligentemente en un diálogo entre el gigante y sus pequeños huéspedes. A veces sur gía alguna pequeña laguna en la conversación pero esto carecía de importancia. Con su propia voz; es decir, con la voz de los terrícolas que había quedado impresa en la máquina, el marciano les preguntó cómo habían llegado a Marte.

Los expedicionarios tuvieron, pues, que relatar toda la historia desde el principio al fin. Esta historia arrancaba del instante en que Arthur Welby encontró un platillo volante abandonado en un polvoriento rincón del Estado de Arizona. Aun antes de capturar a uno de los tripulantes del platillo volante, Arthur Welby intuyó que existía un planeta de dimensiones y naturaleza análogas a la Tierra girando por detrás del Sol.

Relataron los terrestres cómo, temiendo una invasión de los habitantes de aquel mundo invisible, se unieron las naciones de la Tierra para fletar una expedición que fuera a Marte para, desde aquí con una perspectiva distinta a la que se tenía desde la Tierra, explorar el espacio con los telescopios en busca de aquel planeta desconocido.

—El planeta que vosotros decís se llama Hicsos —apuntó el marciano —. Sabíamos que jamás podríais veros unos a otros.

El profesor Tassone siguió contando cómo apenas desembarcados en Marte vieron sus astronaves destruidas por un platillo volante. Este aparato atacó también a la expedición que ya estaba en tierra firme, pero fue derribado con la ametralladora antiaérea de que iba armado el tractor atómico.

Por último, Tassone resaltó las penalidades de los últimos meses. Cómo, a la espera de recibir socorros de la Tierra, habían tenido que

reducir a un mínimo sus raciones para poder sobrevivir en el estéril suelo de Marte todo el tiempo que calculaban sería necesario para que en la Tierra se fletara otra expedición.

—Nos dirigíamos hacia el Sur en busca de los hielos del polo para esperar allí a nuestros amigos, pero al introducirnos en las montañas, fuimos a parar a un cañón que no tenía salida. En él había un cementerio marciano. Se produjo un derrumbamiento durante la noche y quedamos apresados. Fue pura casualidad que diéramos con el túnel que conduce hasta esta ciudad.

Y Welby añadió:

—Estamos en un apuro. ¿Puedes tú ayudarnos?

El marciano, que iba escuchando la traducción a través de uso auriculares, pronunció unas palabras que, vertidas al inglés por la máquina, venían a querer decir:

—No temáis. Estáis a salvo. Hay abundancia de oxígeno y comida en la ciudad. Cuando lleguen vuestros amigos, Aarau os llevará a la región de los hielos para que os reunáis con ellos. Yo soy Aarau, vuestro amigo.

El profesor Litovsk se inclinó sobre la máquina y dijo: —Quizás no recibamos nunca socorros de la Tierra. Una expedición como la que nos trajo a Marte cuesta mucho de organizar en nuestro mundo. Si nuestros amigos no llegan antes de ciento cuarenta días será inútil esperarles más tiempo. ¿Qué haremos entonces?

La respuesta de Aarau fue un tanto desconcertante:

—No preocuparos. Si en verdad son vuestros amigos vendrán a rescataros. Dormir ahora hasta mañana. Todos cansados.

Los expedicionarios siguieron con mirada sombría al gigante cuando éste abandonó el apartamento.

—¿Han visto? —dijo Litovsk— No ha querido responder a mi pregunta. Lo que quiere decir que si no llega la expedición de socorro jamás regresaremos a la Tierra. Este sujeto posee sin duda medios para que podamos llegar a nuestro planeta, pero no los pondrá en nuestras manos. Tiene miedo, ¿y saben por qué? Pues porque no hay otro habitante que él en todo Marte.

—¿Cómo es posible que sea él el único superviviente de una raza antes tan numerosa? —exclamó Welby.

Y Litovsk contestó secamente:

—Si una raza se extingue alguien tiene que ser el último en morir. ¿Por qué no este Aarau?

—¿Y si fuera así? —preguntó Welby receloso.

—Si fuera así estamos portándonos como unos idiotas. Podíamos… El ruso se interrumpió mordiéndose con fuerza los labios.

—¿Podíamos, qué? —preguntó Welby arrugando el ceño.

—Nada, no vale la pena hablar de ello ahora —contestó Litovsk evasivamente.

A Welby le hubiera gustado insistir, arrancarle de viva fuerza a Litovsk el resto de la frase interrumpida. Pero cuando miró a sus compatriotas en demanda de apoyo los halló enzarzados en una acalorada discusión sobre las razones que pudieron aniquilar a toda una raza.

Aquellos sabios profesores eran unas excelentes personas, pero adolecían del defecto de estar demasiado ensimismadas en sus problemas científicos. Nunca se enteraban de nada.

A la mañana siguiente, Aarau invitó a sus huéspedes a dar un paseo por la ciudad en aerobote. Quería enseñarles el observatorio astronómico que tanto interesaba a los astrónomos.

—Vayan ustedes con él —dijo Litovsk al profesor Tassone—. No cabemos todos en el mismo aparato. Esto resultó ser cierto. El gigantesco Aarau, la máquina traductora y toda la expedición con su voluminoso equipo no cabían en el aerobote. Los catorce hombres del equipo ruso se quedaron en el apartamento y todos los demás, incluso la profesora Miroslava Michailov, se embutieron en la cabina del aerobote con Aarau.

El marciano, con los pilotos yanquis en el asiento de al lado y sin quitarle ojo de las manos que movían los mandos del aparato, condujo su fantástica aeronave a través de la inmensa plaza, en la cual convergían todas las avenidas de la ciudad.

El observatorio astronómico estaba enclavado al final de una de aquellas enormes avenidas, todas implacablemente rectas, todas con las paredes abuhardilladas taladradas de miles y miles de ventanas, todas desiertas y silenciosas.

—¿Por qué está desierta la ciudad? —preguntó el profesor Tassone—. ¿Qué se hizo de sus habitantes?

—Aarau es el único habitante de Sagohor. El último descendiente de nuestra raza —contestó el marciano—. Cuando Aarau muera habrá desaparecido el último marciano.

Y a las preguntas de los sabios explicó que su raza, en otros tiempos numerosa en razón de su extraordinaria vitalidad, había empezado a perder su vigor cuando los marcianos desalojados de la superficie del planeta por un clima riguroso y la falta de oxígeno suficiente, fueron a encerrarse en sus monumentales ciudades subterráneas. El período medio de la vida del marciano, que en su época de mayor vitalidad había llegado a ser de unos 500 años terrestres, empezó a decrecer muy lenta, pero ininterrumpidamente. Los natalicios disminuyeron y un porcentaje importante de las criaturas nacidas eran idiotas que, si no morían jóvenes, tampoco podían procrear.

Las causas de este fenómeno no habían podido ser establecidas con seguridad ni siquiera por las eminencias marcianas. Se suponía que el hombre oriundo de Marte, el mismo que en el transcurso de varios millones de años evolucionó constantemente adaptando su naturaleza a los continuos cambios del medio ambiente en que vivía, había llegado a un período de evolución del que no podía seguir adelante… ni volver atrás.

Pero tampoco podía estacionarse. La evolución continua parecía ser un fenómeno inherente al desarrollo de la especio. Si la especie caía en un período estacionario degeneraba con rapidez.

Esta rapidez en el cómputo de las edades celestes equivalía para el hombre a centenares de millares de años. Los marcianos llevaban más de un millón de años habitando en sus ciudades subterráneas. Y en estas ciudades el proceso evolutivo permanecía estacionado. Mientras Marte seguía perdiendo su atmósfera y haciéndose más frío, la proporción de oxígeno y la temperatura de que disfrutaban los marcianos en sus subterráneos era siempre la misma.

El organismo del marciano, inactivo biológicamente, se pudría por decirlo así. De haber seguido habitando bajo el inclemente clima exterior hubiese perecido muchos millares de años antes. Aquí abajo, en sus ciudades, el marciano no hacía más que alargar artificiosamente una vida para la cual ya había sonado su última hora en el reloj de la Creación.

Aarau, el último superviviente de la raza marciana, esperaba

tranquilamente la hora final. Hacía muchos años que quedó solo, y esta soledad le pesaba en el corazón. Profundamente religioso, no osaba desear la hora de su muerte; esta le llegaría cuando Dios tuviera dispuesto. Pero esperaba aquel momento con alegría. Era horrible habitar en una ciudad desierta. Además; creía que todos aquellos que le habían precedido hacia el valle de la muerte estaban esperándole con impaciencia para que el Creador diera comienzo al juicio de sus almas.

—¿Hay más ciudades muertas como ésta en Marte? —preguntó Tassone visiblemente emocionado por el relato de Aarau.

—No. Esta es la última. Todas fueron destruidas —contestó el gigante. Y tras una pausa reflexiva añadió—: También ésta será destruida con el último latido del corazón de Aarau.

La conversación quedó interrumpida allí porque acababan de llegar al observatorio astronómico. Los terrícolas contemplaron boquiabiertos el gigantesco cañón del telescopio electrónico, cuyo extremo parecía rozar la altísima cúpula que cubría el profundo pozo abierto en la roca firme.

Aarau les dijo que la cúpula no podía abrirse ahora. Hacía muchísimos años que el telescopio no se utilizaba, y el polvo arrastrado por el viento había ido amontonándose sobre la colina que la cúpula de acero formaba en la superficie del planeta.

El grupo se entretuvo más de dos horas recorriendo las distintas salas del observatorio, admirando las fotografías que en tiempos pasados se tomaron en aquel telescopio gigante.

—Vamos, el oxígeno de nuestras botellas se acaba —dijo Tassone a sus hombres—. Volveremos otro día para verlo más despacio.

El grupo regresó al aerobote. Éste, bajo las manos de Aarau, emprendió el regreso por un camino distinto. Una fantástica avenida, con todo un bosque en medio de la calzada, circundaba la ciudad enlazando todas las calles que venían rectas desde la plaza central a modo de los radios de una enorme rueda de carro. Unos kilómetros más allá, la avenida de circunvalación desembocó en una plaza situada en la intersección de una de las avenidas que llegaban hasta el centro. Aquel paraje llamó particularmente la atención de los terrícolas, porque en vez de estar iluminado por los focos lo era por un dorado rayo de sol que penetraba por una gran abertura en el techo.

El viento debía haber soplado largo tiempo sobre el agujero del techo

precipitando por él varias toneladas de arena que empolvaban la ojiva de la proa y tenía medio enterradas las aletas estabilizadoras de un gigantesco proyectil cohete. Este cohete, muy parecido por fuera a las V-2 alemanas, era tres veces más grande que los utilizados por la expedición marciana para elevar las piezas de sus astronaves hasta una órbita de satélite alrededor de la Tierra.

Con sus 300 metros de altura, el monstruoso cohete perdía casi por completo su arrogancia de máquina para tomar el aspecto macizo e inconmovible de una torre de acero.

Pero era una máquina voladora, uno de aquellos fantásticos cohetes flotantes que los terrícolas habían visto en la biblioteca marciana.

Aarau retuvo un poco la marcha sin llegar a detenerse por completo al pasar junto al cohete. Con gusto le hubieran pedido los terrícolas que se detuviera, pero no atreviéndose a hacerlo por no despertar suspicacias en su anfitrión preguntaron a qué se debía la falta de cúpula.

Sirviéndose de la máquina traductora, Aarau explicó concisamente que lo habían hecho los platillos volantes que procedían de Hicsos, el planeta sosia de la Tierra.

—¿Así que los hombres de Hicsos conocen el emplazamiento de esta ciudad? —preguntó Hubbard lleno de curiosidad.

—Hace cinco años llegaron a Marte por primera vez con sus platos voladores —aseguró Aarau—. Cúpula de metal detectaron por radio. Intentaron asaltar la ciudad y fueron rechazados y destruidos. Volvieron más tarde y arrojaron bombas atómicas teledirigidas. Los platos voladores también destruidos esta vez, pero una bomba alcanzó la cúpula y la rompió. Los platos voladores no han vuelto más aquí.

Con estas breves explicaciones Aarau volvió a imprimir velocidad a su aparato. Este, deslizándose entre suelo y techo con la suavidad de una pluma, regresó a la plaza central y al edificio donde se alojaban.

Los rusos que se habían quedado en el apartamento escucharon con interés el relato que del paseo les hacían los excursionistas. Pero cuando Steinbek mencionó la astronave cohete su interés subió al rojo vivo. Más tarde, Welby vio al profesor Sieversk cuchicheando en un aparte con Utjasov y Kamenev, los dos físicos nucleares rusos. Luego fue Miroslava quien, roja como una cereza, discutía en voz baja y en ruso con el profesor Litovsk, que era el jefe del equipo soviético.

—Que los soviéticos discutieron entre sí empleando su lengua no era cosa nueva. Sin embargo, Welby creía oler algo desde la noche anterior. No obstante, cuando preguntó a Miroslava, ésta aseguró que no había discutido con Litovsk.

A la mañana siguiente, como habían convenido, Aarau fue a buscar a los rusos para acompañarles hasta el observatorio astronómico. Pero Welby estaba dormido entonces y no les oyó marchar.

Cuando despertó una hora más tarde, sus compañeros estaban desayunando. Le sorprendió no encontrar a Miroslava allí.

—¿Dónde está la profesora Michailov? —preguntó.

—Se fue con Litovsk, Novgorod y todo el resto de la camarilla —indicó Keystone.

—¿Se fue con ellos al Observatorio? —exclamó Welby— ¡Pero si ya estuvo ayer allí con nosotros!

—Dijo que quería verlo otra vez.

Welby se puso a comer en silencio. Pero en su cabeza todo era darle vueltas a la inopinada salida de su novia. Ella era una matemática. No había mostrado el menor interés por el observatorio astronómico el día anterior.

—¿Dónde demonios está mi revólver? —gruñó el coronel Whitted rebuscando por debajo de todas las almohadas de los lechos— ¿Ha visto alguien mi revólver?

—Deje en paz las armas, coronel —dijo Tassone—. ¿Para qué quiere su pistola ahora?

—Sencillamente, porque quiero saber donde está. La puse anoche debajo de mi almohada, como siempre. ¿Quién es el estúpido que la ha escondido?

El coronel tenía un carácter irascible y la cosa llevaba visos de ir a más si no se encontraba pronto su inseparable Colt de ordenanza. Riendo y bromeando los muchachos se pusieron a buscar por la habitación. Luego pasaron a la contigua, donde dormían casi todos los rusos.

—¡Caramba! —exclamó un joven pelirrojo que desempeñaba el car go de especialista en fotografía astronómica— ¡ Tampoco encuentro mi automática!

Welby se puso instintivamente en guardia. Desde que emprendieron la excursión a la ciudad cada cual conservaba a su car go el arma que le tocó en suerte. El propio Welby, poco amigo de los objetos voluminosos conservaba una negra y mortalmente precisa German Luger.

Inspirado por una terrible sospecha saltó en pie y corrió hasta la silla en cuyo respaldo colgaba su trae de astronauta. ¡También su pistola había desaparecido!

—Eso me huele a cuerno quemado —aseguró el coronel—. Los rifles y las dos metralletas están aquí, pero han desaparecido todas las armas cortas.

—Se las llevaron los rusos —aseguró Welby sintiendo la boca extraordinariamente reseca.

—¡Diablo! ¿Y para qué? —preguntó Durand. Y todos quedaron mirándose de hito en hito.

—¡La astronave! —exclamó Keystone— ¿Será posible que...?

—Han decidido apoderarse de la astronave —dijo Welby sintiendo impulsos de echar a correr—. ¡Eso fue lo que Litovsk quiso decir la otra noche! Debió añadir que puesto que Aarau estaba solo, podíamos asesinarle en cualquier momento y buscar sin prisas una forma de salir de aquí. Pero se contuvo y no lo dijo, porque sabía que nosotros nos opondríamos a ese disparate.

—¡Cielo santo, Aarau! ¿Lo habrán matado?

—Puede apostar a que si no está muerto tiene contados sus minutos de vida —contestó Welby.

—¿Y qué hacemos aquí parados? —gritó el coronel Whitted abalanzándose hacia la silla de donde colgaba su traje de astronauta.

Como un solo hombre, todos corrieron hacia sus trajes para empezar a embutirse en ellos con rapidez.

CAPÍTULO IX

Es inútil —exclamó el coronel Whitted en el momento de ir a encasquetarse la escafandra—. El cohete queda muy lejos y llegaremos

demasiado tarde para salvar a Aarau. ¡Si tuviéramos uno de esos aviones!

—La carretilla que utilizó Aarau para traer los compresores continúa en el hall —dijo Steinbek—. ¡Puede que no sea muy rápida, pero siempre llegaremos antes con ella que a pie!

El grupo acabó de ponerse las escafandras, tomó los rifles y las metralletas y se lanzó hacia el ascensor. Breves minutos más tarde saltaban sobre la plataforma de la carretilla eléctrica. Steinbek había estado jugando con ella la tarde anterior y sabía manejarla. Empuñó los mandos, pisó un pedal y enfiló la puerta.

Salieron velozmente a la calle, mucho más aprisa de la que el propio comandante esperaba, y rodaron a toda velocidad por la enorme plaza, donde había espacio suficiente para que aterrizara toda una escuadrilla de aeroplanos.

—Ese Litovsk me oirá en cuanto le pille —refunfuñó el coronel por la radio.

—No sea iluso, coronel —contestó Welby ásperamente—. Si quiere coger a Litovsk y su camarilla tendrán que estar muertos. ¿O no han comprendido todavía?

—No sé lo que quiere decir, Welby.

—Los rusos no van a coger esa astronave para que todos podamos volver a la Tierra. ¡Piensan marcharse ellos solos!

—¡No es posible! —exclamó Whitted.

—Claro que lo es. Ellos creen que hay armas de tremendo poder destructivo a bordo del cohete. Aún desarmado, ese aparato constituye un tesoro inapreciable para el país que lo posea. ¡Y los rusos quieren que sea solamente para la Unión Soviética!

—¡Bribones! —murmuró el coronel por todo comentario.

La carretilla rodaba ahora por la recta avenida que conducía a la plazoleta donde estaba la astronave, lista para despegar. El túnel se les antojó interminable a los treinta hombres apelotonados sobre la plataforma. Por fin, el cohete apareció en el fondo de la avenida semejante a una torre metálica.

—No se ve el aerobote —gritó una voz.

La carretilla siguió zumbando calzada adelante.

—¡Ahí llega el avión! —gritó otra voz excitada.

En efecto, el aerobote acababa de llegar a la plazoleta y se detenía ente el gigantesco cohete.

—¡Quiera Dios que lleguemos a tiempo! —murmuró el profesor Tassone. Con la respiración en suspenso, los 30 hombres miraron al aerobote mientras la carretilla se acercaba a la plazoleta. De pronto vieron abrirse una portezuela y saltar al suelo a un hombre equipado con el traje y escafandra de astronauta. Este hombre se volvió alargando el brazo hacia la cabina del aparato.

Brillaron dos fogonazos. El estampido de los disparos llegó en forma apagada hasta los ocupantes de la carretilla. Estos vieron cómo saltaban del aerobote otras figuras que inmediatamente echaban a correr hacia el cohete gigante.

El coronel Whitted se echó a la cara su metralleta y apretó el gatillo. Las balas trazaderas dejaron en el espacio ígneos penachos de muerte antes de caer sobre el grupo que corría hacia la astronave. Tres figuras humanas cayeron al suelo. Las otras se detuvieron para volverse y hacer fuego contra la carretilla, que en aquellos instantes irrumpía en la plaza.

Las balas zumbaron por encima y en torno a los tripulantes del carretón. Uno de éstos saltó violentamente en pie y cayó al suelo dando una trágica voltereta.

Ahora fueron las dos metralletas emplazadas en la carretilla las que abrieron fuego a dúo. A ellas se unió la áspera voz de un rifle de caza. Pero Steinbek frenaba en estos instantes y por el impulso de la inercia los pasajeros se fueron hacia delante errando el tiro.

Los rusos seguían corriendo hacia la pequeña montaña de arena que cubría parte de las aletas sustentadoras del cohete. La carretilla se detuvo junto al aerobote y sus ocupantes saltaron a tierra.

Welby corrió como un gamo hacia el aparato, el cual se había posado en el asfalto. Una mirada le bastó para comprender que llegaba tarde. Aarau, el gigante marciano, yacía sobre el asiento delantero. Un chorro de sangre le brotaba del cuello y se escurría por el piso para gotear en el suelo.

Seguían sonando disparos cuando Welby se encaramó al aerobote y acercó su rostro al de Aarau. El marciano tenía los ojos abiertos y le

reconoció.

—¡Aarau, cielo santo! —gritó Welby—. ¡Si lo hubiéramos sabido... y hubiéramos podido impedirlo...!

El marciano hizo una mueca extraña, quizás una sonrisa de su inexpresivo rostro. Pronunció unas palabras ininteligibles para Welby.

Pero inesperadamente, una voz habló en inglés. Era la máquina traductora de idiomas que estaba debajo del cuerpo del gigante. Ella, ajena e insensible al sangriento drama que se estaba desarrollando, cumplió una vez más con su deber... quizás mejor que nunca.

—Insensatos... no podréis marchar con la astronave. La ciudad entera volará con el último latido del corazón de Aarau. ¿No lo dije una vez?

Welby asintió con un nudo en la garganta. Aarau lo dijo el día anterior, pero Welby creyó que era una forma de decir que emplearía el último soplo de vida para apretar algún botón que haría volar a la ciudad en mil pedazos.

El marciano ladeó penosamente, entreabrió su blusa azul celeste y mostró a Welby una cajita extraplana que parecía como adherida a su pecho. Pronunció unas palabras y la máquina tradujo:

—Cuando el corazón de Aarau se pare, esta máquina pondrá en acción un deflagrador electrónico que hará estallar toda la energía cósmica almacenada en los sótanos de la ciudad... ¿Por qué habéis hecho esto, locos? Aarau era vuestro amigo, él mismo os hubiera llevado a vuestro mundo en esa astronave que ya jamás podréis alcanzar...

—Te aseguro que no fue idea de todos asesinarte, Aarau —murmuró Welby pálido como un muerto. Y luego, añadió con energía—: ¡No importa que todos vayamos a morir, Aarau! ¡No quiero que mueras creyendo que te hemos correspondido con deslealtad! ¡Te juro que sólo unos cuantos ambiciosos tramaron tu asesinato para escapar con la astronave... Y PENSABAN ABANDONARNOS TAMBIEN A NOSOTROS!

Las pupilas amarillas del moribundo se clavaron en el rostro desencajado del doctor. La boca del marciano se movió para murmurar otras palabras que la máquina tradujo así:

—Te creo, doctor... Siempre supe que entre vosotros había hombres malos... Tu eres de los buenos. Lo leo en tus ojos... Como leo también el temor a la muerte. Doctor, ¿tienes miedo de morir?

—Si —confesó Welby tragando saliva. Seguían tableteando las ametralladoras. Las pistolas dejaban oír su voz aguda. Los rifles sonaban con estampidos fuertes y secos. La máquina volvió a hablar:

—Deseo ayudaros… doctor. Ya nadie puede evitar que yo muera y la ciudad estalle… Pero procuraré vivir unos minutos más… déjame tu radioteléfono y corre hacia la astronave… Yo os dictaré las instrucciones para que pongáis la astronave en marcha… y escapéis… si es posible.

Welby se arrancó de un tirón la escafandra y el acumulador y lo depositó en el piso del aerobote, al alcance de la mano de Aarau. Ya no se escuchaban más disparos. Welby movió los labios buscando las palabras con que deseaba expresar su agradecimiento al marciano. Este le sonrió con los ojos y le hizo señas energéticas para que se marchara.

—¡Corre… no pierdas tiempo!

Arthur giró bruscamente sobre sus talones y echó a correr hacia la astronave con un puñado de lágrimas en los ojos. Aquí y allá yacían en grotescas actitudes los cadáveres de 15 rusos… incluida la profesora Miroslava Michailov.

Arthur se detuvo un instante junto a ella. La muchacha empuñaba todavía la pistola con que se batió hasta el último instante.

—Lo siento, Welby —murmuró junto a él la voz de Keystone.

Welby se dio cuenta entonces de que no llevaba la escafandra. Sentía falta de aire en sus pulmones.

—¡Corra hacia la astronave! —gritó—. La ciudad entera va a estallar de un momento a otro… Pero podemos escapar si nos damos prisa.

—¿Está usted loco? —chilló el coronel Whitted— ¿Quién va a pilotarla?

—Aarau tiene mi radioteléfono y nos dictará instrucciones hasta que despeguemos. ¡Corran, les digo!

Y echó a correr hacia los tubos de acero que servían de acceso a la escotilla. Sus compañeros, todavía aturdidos y sin saber lo que ocurría, le siguieron velozmente. Al llegar arriba y entrar en el aparato, Welby sintió un mareo y calló al suelo. Sus amigos saltaron sobre él y el último, el coronel Whitted, se detuvo para atenderle.

—¡Cierre esa maldita escotilla! —le gritó Welby. Y se desmayó.

Volvió en sí al cabo de breves instantes. Tenía algo entre los dientes; el tubo de goma de su depósito de oxígeno. Whitted estaba junto a él y le sonrió a través del frente de cristal de su escafandra.

—Esto marcha, doctor —aseguró. Y se calló para no confundir al comandante Steinbek, que estaba siguiendo punto por punto las instrucciones que Aarau le daba por radio sirviéndose de la máquina traductora. Welby oyó un poderoso zumbido. Le pareció notar como si se elevaran, pero se resistía a creerlo.

“Esto explotará de un momento a otro” —se dijo. Y esperó resignadamente el estallido fatal.

Pero los segundos transcurrían sin que ocurriera nada.

—Ese valiente Aarau está haciendo esfuerzos sobrehumanos para seguir hablando —murmuró Whitted. Y al cabo de un rato —: Ya no se le oye.

Welby cerró los ojos y empezó a rezar.

—¡Hemos salido de la gruta! —gritó el coronel— ¡Subimos hacia el cielo como un cohete!

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Welby sin abrir los ojos.

—Lo dice Steinbek, que es quien conduce el aparato.

Welby evocó al valiente Aarau tendido en los asientos del aerobote, alentando a su corazón para que diera algunos latidos más. Y también evocó a Miroslava Michailov, cuya sangre joven y roja empapaba la sedienta arena que cubría el piso de la gruta.

“Debí quedarme allí, junto a ella” —se dijo—. “Ella iba a abandonarme… pero yo la amaba.”

La aeronave se estremeció bruscamente.

—La ciudad acaba de saltar en un millón de pedazos —dijo el coronel lúgubremente.

“Si alguien quedó herido ha debido morir ahora” —se dijo Welby. Y presa de la irritación chilló:

—¿Y nosotros? ¿Por qué no estallamos también nosotros?

—Oiga, Steinbek. El doctor pregunta por qué no estallamos —repitió el coronel por la radio. Y después de escuchar unos instantes anunció por el tornavoz exterior de su escafandra—: Por que estamos ya a más de 30 kilómetros de altura, fuera de la atmósfera de Marte y tratando de enderezar el rumbo hacia la Tierra.

—¡Dios mío! —gritó Welby—. Entonces ¿Nos hemos salvado?

—Sí.

Welby se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar como un niño.

FIN